EL TEATRO
Y LA
ADMINISTRACION LÍRICO-DRAMÁTICA.

EL SACRISTAN DE SAN JUSTO

ZARZUELA EN TRES ACTOS Y EN VERSO

original de los señores

DON LUIS BLANC

Y

DON CALISTO NAVARRO

música de los maestros

DON MANUEL FERNANDEZ CABALLERO

Y

DON MANUEL NIETO

Estrenada con gran éxito en el teatro de Apolo, de Madrid, la tarde del 24 de Diciembre de 1880.

SEGUNDA EDICION

MADRID
SEÑORES HIJOS DE A. GULLON
Y DON EDUARDO HIDALGO, EDITORES
Oficinas: Pozas, 2, segundo y Sevilla, 14, pral.
1882

EL SACRISTAN DE SAN JUSTO

ZARZUELA EN TRES ACTOS Y EN VERSO

original de los señores

DON LUIS BLANC

Y

DON CALISTO NAVARRO

música de los maestros

DON MANUEL FERNANDEZ CABALLERO

Y

DON MANUEL NIETO

Estrenada con gran éxito en el teatro de Apolo, de Madrid, la tarde del 24 de Diciembre de 1880.

B. L. P. [illegible] D.ª Teresa Velez, su buen amigo

C. Navarro

SEGUNDA EDICION

MADRID: 1883
ESTABLECIMIENTO TIPOGRÁFICO
DE M. P. MONTOYA Y COMPAÑÍA
Caños, 1.

REPARTO

PERSONAJES	ACTORES
Rosa	Srta. D.ª Eulalia Gonzalez.
Margarita	Angela Nadal.
La Pelusa	Sra. D.ª Concepcion Baeza.
Azoguillo	Sr. D. Miguel Tormo. José Moron.
Alberto	Ramon Navarro.
Don Diego	Daniel Banquells. José Moreno.
El Tremendo	Julian Gonzalez.
García	José Moron. Antonio Povedano.
El Peine	Antonio Povedano. José Moreno.
Lagarto	Francisco Mora
Un Alcalde	Luis García.

Manolos y manolas, alguaciles, orquesta de bandurrias y guitarras, soldados, cofrades, sacerdotes, chicos, banda militar y gente del pueblo.—Coro general.

La accion en Madrid.—Epoca, principios del siglo XIX.

Izquierda y derecha, las del actor.

ACTO PRIMERO.

Decoracion de calle: al foro, y un poco á la izquierda, el pórtico practicable de la iglesia de San Justo; á la derecha, y en primer término, la taberna de EL TREMENDO, con puerta practicable en el piso bajo y ventana idem en el principal de frente al público, y puerta con letrero al costado, dando frente al lateral izquierdo: á la izquierda, casa con puerta y reja grande y saliente, practicables tambien, la segunda en primer término; las demas casas están colgadas y engalanadas en señal de fiesta. El teatro debe figurar, el centro, la calle del Sacramento, y la embocadura, el final de la Costanilla de San Justo; en la decoracion, varias ventanas y balcones practicables para el efecto del final.

ESCENA PRIMERA.

CORO GENERAL, VENDEDORES AMBULANTES: gran animacion: las campanas de la iglesia tocan á fiesta: hombres, mujeres y niños discurren por la escena, en diferentes direcciones y sin guardar órden de formacion ni reunirse en semicírculos, y sí en corrillos desiguales, de cuando en cuando.

CORO GRAL. Hoy festejan á San Justo,
y el que tiene devocion,
olvidando sus faenas,
viene á ver la procesion;
que entre bulla y algazara,
los que somos de Madrid,
nada más con un pretexto
nos sabemos divertir.

UNA MUJER. Flores para el Santo!
UN HOMBRE. Aquí las rosquillas!
UNA MUJER. Torraos calentitos!
UN CHICO. Aleluyas finas!
MUJERES. Ya salió hace rato;
no puede tardar:
todo es esperarla
otro poco más:
y aunque la comida
sola en casa está,
yo sin ver al Santo
no me he de marchar.
HOMBRES. Aunque cobre un dia
ménos de jornal,
no son estas cosas
de desperdiciar;
porque mi carácter
es tan especial,
que en teniendo fiestas,
no me importa el pan.
TODOS. Hay que esperar.

(Vuelven á sonar las campanas de la iglesia, que ya no deben cesar hasta el final del número. Se empujan unos á otros para verla mejor, y aparece la procesion por el órden siguiente: Pertiguero con túnico encarnado, manga perdida, peluquin y pértiga.—Cofrados con pendon, y dos niños llevando las borlas.—Dos niños con bandejas y flores.—Cuatro niños con velas.—Dos niños vestidos de angelitos.—Cofrade con pendon, y dos niños con las borlas.—Cofrado con cetro, que va organizando la procesion.—Banda militar.—Bajos y segundos con hachones.—Una señora de coro, con una niña vestida de Dolorosa; toca y delantero blancos, manto negro y corona plateada. —Un niño vestido de San Juanito, con borrego adornada de cintas.—Un Cura con manga.—Dos monaguillos con ciriales.—Dos músicos con piporros.—Ocho clérigos con velas (roquetes).—Un monago con la naveta.—Dos diáconos con incensarios.—Cuatro hombres del pueblo, con las andas de San Justo y Pastor.—Clérigo oficiante con capa pluvial, cruz de mano y relicario.—Un monago llevándole la cola.—Seis del pueblo, con pálio.—Oficial y diez soldados.—Organo y banda.—De ventanas y balcones arrojan al santo y al pálio flores y aleluyas: los chicos se peleen por cogerlas. La procesion entra en la iglesia seguida por parte del coro; otros se

dispersan por diferentes lados. Cesan órgano y campanas, y la puerta de la iglesia, que habrá sido abierta de par en par, vuelve á cerrarse, quedando practicables solo los postigos.)

ESCENA II.

LAGARTO y EL PEINE (1), que salen foro derecha.

LAG. Mira, hablarémos adentro
y es mejor.
PEINE. En la taberna?
LAG. Por qué no?
PEINE. Pues qué, ¿no sabes
que *El Tremendo* y su chicuela
son cosa del sacristan?
LAG. Y qué importa que lo sean
si no va por ahí el agua?
PEINE. Eres duro de mollera;
Azoguillo y don Alberto
por.. no sé qué coincidencia,
se estiman, segun parece;
y como ya están alerta
por *mor* de que *La Pelusa*,
esa condenada vieja,
dió un golpe en vago...
LAG. Maldita!
PEINE. Le habló al espavilavelas,
y él se las echó de honrao,
y se enredó la madeja;
de modo, que ahora la cosa
más difícil se presenta.
LAG. Pero bien, cuál es el caso?
Porque yo camino á ciegas.
La Pelusa no me ha dicho
más que «*Lagarto*, hay faena;»
pero del negocio, ni esto.
PEINE. Pues la cosa es una herencia.
Don Diego...
LAG. El vejete?

(1) Este personaje debe cojear, si bien ligeramente.

PEINE. Justo:
era primo, segun cuentan,
del conde del Puerto; un viejo
enemigo de las hembras
y que se fué al otro mundo
con palma.
LAG. Valiente plepa!
PEINE. No irás tú así!
LAG. No por cierto.
Por el tinto y las morenas
me meto yo en estos líos,
que si no...
PEINE. Pues la heredera
parece que era una niña
perdida hace tiempo, ó muerta;
y el testador, sospechando
que la tal no pareciera,
dió á su hermano don Alberto
Monreal la preferencia,
imponiendo, sin embargo,
como condicion expresa,
que permaneciese *célibe.*
LAG. Cómo?
PEINE. Soltero, babieca!
LAG. Hombre, no hay por qué enfadarse;
tú, como sabes de letras...
PEINE. Ahora, ya estás enterado
por qué andas de ceca en meca
revolviendo sacristías.
LAG. Vamos: de forma y manera,
que se ha casado el muchacho?
PEINE. *La Pelusa* eso sospecha,
y casado el heredero,
la niña sin que parezca,
claro está, don Diego quiere...
LAG. Ya, ver si atrapa la herencia·
Y cuánto da?
PEINE. *La Pelusa*
aún no habló de esa materia.
LAG. Pues es preciso...
PEINE. Silencio:
sale gente de la iglesia,

y si de aquí no nos vamos,
pueden entrar en sospechas.
(Vanse foro izquierda.)

ESCENA III.

AZOGUILLO y CORO GENERAL.

MUSICA.

(Sale Azoguillo de la iglesia rodeado por el coro, que le asedia á preguntas que él quiere eludir. Viste sotana y bonete.)

ELLOS. Tú, que sabes la ocasion,
de seguro nos dirás
por qué causa está Ramon,
siempre en casa de Tomás.
ELLAS. Dinos pronto, galopin,
lo que cuentan hubo ayer,
y por qué don Agustin
le sacude á su mujer.
AZOG. Dejadme en paz!
TODOS. Vén, hombre, aquí.
AZOG. Nada sabréis.
TODOS. Vaya que sí?
AZOG. Yo no sé de esa cuestion,
pero sí decir podré
lo que anoche en el sermon
predicó fray Bernabé.
TODOS. Yo no lo oí.
AZOG. Os lo diré.
Dijo el Padre, que hay mujeres
(Dirigiéndose á ellas.)
que, olvidando sus deberes,
van oliendo aquí y allá,
y entre tanto, sus maridos,
mal planchados, mal cosidos,
mofa son del barrio ya.
ELLAS. Eso sí (Confusas.)
que por mí
el buen Padre no dirá.
AZOG. La que tal costumbre tenga,
dijo fray Bernabé,

que á ir muy pronto se prevenga
al infierno por su pié.

TODOS. Ha visto usté?
Ha visto usté?...
Liberanos! Liberanos!
Liberanos, dominé!

AZOG. Que hay gandules dijo el Padre,
(A ellos.)
hijos de tan mala madre,
que ver males es su afan,
y el jornal gastando en vino,
buscan humo en el vecino
mientras arde su zaguan.

ELLOS. Eso sí (Bajando la cabeza.)
que de mí
por el barrio no dirán.

AZOG. El que en esta cuenta entre,
dijo fray Bernabé,
es muy fácil que se encuentre
con aquello que yo sé.

TODOS. Pues ya se ve,
pues ya se ve.
Liberanos! Liberanos!
Liberanos, dominé!
(Van santiguándose y desapareciendo poco á poco por diferentes lados, corridos y avergonzados.)

ESCENA IV.

AZOGUILLO.—Luego ALBERTO por la izquierda.

HABLADO.

AZOG. Lo que es á decir verdades
nadie me moja la oreja,
porque algo enseña á los hombres
vivir por su propia cuenta
sin miedo á lo que se vaya
ni temor á lo que venga.

ALB. Azoguillo!

AZOG. Don Alberto!

ALB. Viste á Margarita?

AZOG. Apénas
empezó á apuntar el alba,
y al dirigirme á la iglesia,
segun añeja costumbre,
cosiendo tras de su reja.

ALB. Pero despues?...

AZOG. No la he vuelto
á ver.

ALB. Aciaga existencia!
A cada hora, á cada instante
temiendo una infamia nueva,
y sin que el recurso al ménos
nos quede de la defensa.

AZOG. Yo estoy aquí, no apurarse,
y aunque ellos mucho olfatean,
ni pueden dar con el rastro,
ni amenazas me amedrentan,
ni dádivas me conmueven,
ni rechazarlas me pesa.

ALB. Sin tu generoso auxilio,
ya sus fines consiguieran:
por doquiera se me espia;
á ese pobre ángel asedian,
y me fatiga la lucha
y me abandonan las fuerzas.

AZOG. Que son malos, lo sabemos;
los vemos que nos acechan:
huyen cuando se les busca,
pues que la cara no enseñan,
y el que no enseña la cara...
es que no la tiene buena.
De esa boda que á don Diego
tanto probar interesa,
sólo unas pruebas existen
y yo conservo esas pruebas.
Por las malas no las cogen;
darlas no pienso por buenas,
y ántes se hunde el firmamento
que salirse con su idea.
Sé atisbar cuando me atisban;
sé sacudir cuando pegan,

y entre buenos y entre malos
sabe el barrio, y lo confiesa,
que cuando á mí me dan *uno*,
lo ménos *cuatro* se llevan.

ALB. A no ser porque á mi madre
sumiria en la miseria,
ya hubiera dicho á don Diego:
«No lucho; tuya es la herencia.»

AZOG. Hombre, gracioso estaria
dejar á la infeliz vieja
sin su pension, justamente
cuando está la pobre enferma...
El título y la fortuna
son de usted, y si le pesa
á ese vejete, que rabie.
Acaso porque al babieca
del difunto (y que perdone)
si le ocurriese la idea
de que usted fuese... canónigo.
habia de... bueno fuera.
Ademas, ¿se sabe acaso
si algun dia doña Elena
saldrá á lo mejor diciendo:
«Eh! que aquí está la heredera
legítima»?...

ALB. Pobre hermana!

AZOG. Y entónces, usté, en conciencia,
tendrá que decir: «Pues hija,
ahí la tienes toda entera»;
y si se la lleva el otro,
sabe Dios lo que hará de ella...
Y luégo, que Margarita
no ha de quedarse por puertas,
porque no sería justo...
y porque no quiero, ea.

ALB. Qué corazon!

AZOG. De un monago,
que hace tiempo no existiera
si en noche oscura y callada,
al cruzar cierta calleja,
ancha para una aventura
y para un crímen estrecha,

no hallára quien noblemente
en su socorro acudiera.

ALB. Azoguillo!

AZOG. Aquella noche,
don Alberto, está aquí impresa,
y á quien usted quiera quiero,
y me ofende quien le ofenda;
que si es mi condicion mala,
mi memoria, en cambio, es buena.

ESCENA V.

DICHOS.—MARGARÍTA.

MARG. Favor! Socorro! (Dentro.)

AZOG. Eh! qué ocurre?

ALB. Margarita!!

MAR. (Saliendo por la derecha.) Alberto!

AZOG. (Mirando hácia dentro) Ah perra!

ALB. Por qué pedias socorro?
Qué ha sucedido?

MARG. Las fuerzas
me faltan!...

AZOG. Animo, vamos,
que ya se escapó la vieja.

MARG. A entregar, segun costumbre,
salí esta tarde, y apénas
abandoné los umbrales
de casa, ví con sorpresa
que una mujer me seguia,
dos hombres yendo en pos de ella,
y al cerciorarme, la sangre
helada sentí en mis venas.

ALB. Lo ves? (A Azoguillo.)

AZOG. Era la *Pelusa*:
yo le ajustaré las cuentas.

MARG. Seguí acelerando el paso,
y sin volver la cabeza
llegué, no andando, corriendo
donde vive mi maestra.
Subí; le entregué el vestido

de la señora Duquesa,
y sin detenerme á nada,
me dispuse á dar la vuelta.
Al salir, vi casi enfrente
á la mujer; mas con ella
no se veia hombre alguno:
con esto, ya más repuesta,
torné á casa, presintiendo
tras de las mias sus huellas.
Al acercarme á esa esquina
y al pretender dar la vuelta,
de un portal salen dos hombres
que hácia él empujarme intentan:
quiero gritar, y en mis labios
ponen sus manos groseras;
la mujer viene en su auxilio;
yo lucho, Dios me da fuerzas,
y su misma cobardía
valor y aliento me presta;
pido socorro; ellos huyen
al sentir que álguien se acerca...

AZOG. Y aquí concluye el sainete
de los moros de Venecia;
nada, no hay por qué apurarse.

ALB. Pero Azoguillo!...

AZOG. Prudencia!
Y pues ellos se lo quieren,
voy á danzar en la fiesta:
usté, á casa; y si es que sale, (A Marg...)
en union de Dorotea:
don Alberto, á sus negocios,
pues no quiero que nos vean
aquí juntos: esta noche
tengo sermon y novena,
y cuando acabe el rosario,
ya serán las ocho y media.
En mi *palacio* á las nueve
le espero á usté, porque es fuerza
que echemos un parrafito
sobre aquello que convenga.

MARG. Vendrás?

ALB. A las seis en punto.

AZOG. Mal hecho!
ALB. Daré en la reja
dos golpes.
AZOG. Es exponerse,
y yo...
MARG. Deje usté que venga! (Suplicante.)
AZOG. Bien; pues me lavo las manos.
MARG. Que te espero...
AZOG. Y dale!
ALB. (Margarita entra en su casa.) Entra.
Adios! (A Azoguillo.)
AZOG. A las nueve en punto,
por aquí... por la taberna. (Vase Alberto.)

ESCENA VI.

AZOGUILLO, y en seguida ROSA, que sale de la taberna.

Ea, pues, ya se acabó;
á auxiliarlos me dedico
porque aquí se me metió.
ROSA. Dichosos los ojos, chico. (Picada.)
AZOG. Dichosos los quiero yo,
y no hables con retintin,
que no soy ningun malsin
de número *reproborum*,
y has de ser mi esposa al fin
per sæcula sæculorum.

MÚSICA.

No estés, Rosita hermosa,
conmigo esquiva;
que yo soy un sujeto
de campanillas.
Y al fin y al cabo,
si me subo á la torre,
nadie hay más alto.
ROSA. Si cuando me cortejas
de mí te apartas,
buen porvenir me anuncias
para mañana.

Anda á la torre,
que á mí lo que me sobran
son proporciones.

AZOG. Sabiendo que te quiero,
difícil ha de ser.

ROSA. Pues fíate y no corras.

AZOG. Me fío y correré;
ya sabes, morenilla,
lo que eres para mí;
no seas rabiosilla!...

ROSA. Aparta.

AZOG. Vén aquí.
Cuando el sueño me abandona
y á la iglesia voy sin ganas,
oye bien, remononona,
lo que dicen mis campanas.
Tan! tan! tan! tan!
dónde está mi dulce afan,
que lo busco y no lo veo?
Tin! tin! tin! tin!
Es mi Rosa el serafin
que ha forjado mi deseo,
y hasta la maroma,
cuando tiro de ella,
dice: «Toma, toma,
vaya si es muy bella.»
Tan! tan! tan!
dulce afan!
tin! tin! tin!
querubin.

ROSA. Como no soy dormilona,
te oigo todas la mañanas,
y por cierto no te abona
lo que dicen las campanas.
Tan! tan! tan! tan!
Azoguillo el sacristan
es más malo que un divieso.
Tin! tin! tin! tin!
y resulta un galopin
con la capa de travieso.
Y hasta la maroma
dice en su crujido:

«Toma, toma, toma,
ya te he conocido.»
Tan! tan! tan!
perillan.
Tin! tin! tin!
galopin.

AZOG. Pues con esas cosas,
cómo es que me quieres?

ROSA. Porque caprichosas
somos las mujeres.

AZOG. Gracias entónces
por el capricho.

ROSA. Mas de los bronces,
lo dicho, dicho.

AZOG. Lo dicho, dicho.

HABLADO.

ROSA. Andas distraido.

AZOG. Ca!

ROSA. Y meditabundo.

AZOG. Yo?

ROSA. Y estoy temiéndome...

AZOG. Bah!
No lo creas, ven acá,
y vas á juzgar si no:
ni tienes por qué temer,
ni yo dejára perder
un bien que me es tan querido,
y sabiendo lo que he sido,
no ignoras lo que de ser.
Entera mi fe te dí,
y en cambio amor busco en tí
como el náufrago la orilla,
y aunque mi orígen me humilla,
yo mi orígen no escogí.
Que tuve madre supongo,
pues el hombre no es un hongo
que venga al mundo sin madre,
y á que debí tener padre,
por ser justo, no me opongo.
Mas ni sé dónde nací,

ni de mi familia sé,
y que bautizado fuí
me lo revela la fe
de cristiano que hay en mí.
De la infancia en los umbrales,
con otros cuantos perdidos,
buscaba alivio á mis males,
durmiendo en los soportales,
viviendo de los descuidos;
y al ver mi destino vário,
sin pan, ni abrigo, ni apoyo,
me proclamé propietario,
siendo mi hacienda el arroyo,
y mi casa el campanario.
Nadie con mayor acierto
fué en voltear tan despierto,
ni repicó con más prisa,
tocando á sermon, á muerto,
á fuego, á gloria y á misa:
y aunque las noches enteras
pasé sin cenar y á oscuras,
calmaba mis ánsias fieras
comiendo recortaduras
y escurriendo vinajeras.
Al verme travieso y pillo,
de Azoguillo el sobrenombre
dióme este barrio sencillo,
y aquel chicuelo Azoguillo
fué creciendo y llegó á hombre.
Mas si á San Justo con gusto
servia con fe piadosa,
desde que admiro tu busto,
sirvo mejor á mi Rosa
y pierde el pleito San Justo;
y repico tarde y mal,
y soñando mil patrañas,
mi atolondramiento es tal,
que enciendo el cirio pascual
por encender las arañas;
y sufro y me hago un ovillo,
y las faenas rehuyo;
que aquel pobre monaguillo

del santo un dia azoguillo,
ya más que del santo es tuyo.
Ahora ya puedes tú ver
si yo dejaré perder
un bien que me es tan querido,
y sabiendo lo que he sido,
ya sabes lo que de ser.

ROSA. Cansada de conocerte
y asombrada de escucharte,
no me resuelvo á creerte;
pero miéntes con tal arte,
que es necesario quererte:
coquito de cuantas ves,
ya me han dicho que en la villa
como tú no se hallan tres,
y hoy te alarma un guardapiés,
y mañana una mantilla.
Ya sé que mi fe se inmola
por un sacristan ingrato,
que no queriendo á una sola,
de amor bandera enarbola
tocando siempre á rebato.
Y desoyendo mi afan,
satisfecho de su plan,
dirá el señor Azoguillo:
«Si me amó de monaguillo,
me adora de sacristan.»
Y dice bien el fullero:
presa en sus redes me tiene,
porque sabe que le quiero,
y aunque mi voz le condene,
sus liviandades tolero,
y me placen sus excusas,
y con razones confusas
es el caso que me vences...
Ay, Azoguillo, tú abusas...
tú abusas... y me convences;
y aunque dispuesta salí
á hallar tus disculpas vanas,
mi enojo concluye aquí.
Vueltas dando á las campanas,
no has de dármelas á mí?

AZOG. Pues ya que, mal de tu grado,
mi inocencia has confesado,
vamos dentro, que soy ducho,
y esta noche habrá nublado
ó yo me equivoco mucho.
ROSA. Qué temes?
AZOG. Por don Alberto.
ROSA. Mi padre, que está en lo cierto,
afirma que hay malas mañas
contra él y que es hombre muerto.
AZOG. Yo estorbaré sus patrañas;
y si *El Tremendo* me ayuda,
por pronto que el viejo acuda,
salir airoso no espere.
ROSA. Ya ves que padre te quiere
y le ofendes con la duda.
Hasta aquí bien te informó
de cuanto saber logró.
AZOG. Gracias á lo cual me encuentro
en guardia. Conque tú, adentro,
y á mi sacristía yo.
(Entra Rosa en la taberna.)
Ahora, á esperar el mañana;
que si mi plan sale bien
y mi prevencion no es vana,
ya verémos quién á quién
le zurra más la badana. (Vase á la iglesia.)
(Va anocheciendo.)

ESCENA VII.

LA PELUSA.—GARCÍA, por el foro derecha.

PELUSA. Y nada has averiguado
que pueda darnos camino?
GAR. Nada, *Pelusa*.
PELUSA. Imposible
parece!
GAR. Pues ni un indicio.
PELUSA. Y tú eres un alguacil

mayor?

GAR. Así cobro y firmo,
que largos años anduve
sirviendo de alguacilillo
entra y sal, corre, ve y dile,
que es, por Dios, muy mal oficio.

PELUSA. Y á quién debes ese ascenso?

GAR. Confesarlo ya es preciso;
á mi mérito unas miajas,
un si es no es á tu cariño,
á mentir con suerte un poco,
otro poco á andar muy listo,
y un mucho á ser español;
porque en España es sabido
que el que medra es porque intriga,
que pierde quien juega limpio,
que ser legal es un crímen,
ser honrado un sambenito,
y yo, que tengo el buen tacto
de saber dónde he nacido,
como, miento, juego sucio,
soy ilegal, medro, intrigo,
y á alguacil mayor llegué
desde simple alguacilillo.

PELUSA. Bien: el tiempo no perdamos:
don Diego vendrá ahora mismo,
y prepararnos debemos
para el golpe decisivo.

GAR. Si es preciso tapar, tapo;
mas si hay que pinchar, no pincho.

PELUSA. Tú harás lo que á mis intentos
mejor cuadre.

GAR. Convenido:
ya sabes que soy tu esclavo
y que á tu voz me resigno.

PELUSA. A qué hora piensas hacer
la ronda por estos sitios?

GAR. A las ocho.

PELUSA. No, es muy tarde.

GAR. Há poco han dado las cinco,
y en invierno...

PELUSA. Es necesario

que esté libre este recinto
de corchetes á las seis.

GAR. Pero *Pelusa!...*

PELUSA. Es preciso!!

GAR. A las seis se hará la ronda.

PELUSA. Si al pasar oyéseis gritos
pidiendo. .

GAR. No se oirá nada;
es consigna en el oficio.

PELUSA. Puedo fiar?

GAR. Ya lo creo!

PELUSA. El negocio es bueno!

GAR. Digo!!

PELUSA. Y estarás dispuesto?...

GAR. A todo...
(miéntras lo esté tu bolsillo).

PELUSA. Este es el último golpe.

GAR. (Siempre me dice lo mismo.) (Vase izquierda.)

ESCENA VIII.

PELUSA.—DON DIEGO. (Sigue oscureciendo.)

PELUSA. Don Diego! (Acercándose á una esquina.)

DIEGO. Mucho has tardado.

PELUSA. No se arreglan de improviso
las cosas.

DIEGO. Y bien?...

PELUSA. (Bajando la voz.) Su muerte!

DIEGO. Eso no!!

PELUSA. No hay más arbitrio:
mañana se cumple el plazo,
y no habiendo conseguido
averiguar nada...

DIEGO. (Con rabia.) Oh!
el infierno le da auxilio.

PELUSA. Y dueño ya de la herencia...

DIEGO. Calla!

PELUSA. Negocio perdido!
Al paso que si sucumbe
á un accidente imprevisto...

él muerto, la niña ..

DIEGO. Ah, de esa respondo yo!

PELUSA. (Se ha vendido.) Luego usted?..

DIEGO. No me interrogues.

PELUSA. Pues ya, por un individuo
más ó ménos... Si la hermana
desapareció...

DIEGO. Te digo que calles!

PELUSA. Yo por usted
lo hacía, que á mí, maldito... (Breve pausa.)

DIEGO. Estás segura del golpe?

PELUSA. Al cabo nos entendimos.
El vendrá aquí muy en breve.

DIEGO. Pero habrá quién?...

PELUSA. Están listos.
usted se entra en la taberna,
si quiere, ya que salimos
con que *El Tremendo* en sus tiempos
tambien tuvo pecadillos.

DIEGO. Está obligado á servirme.

PELUSA. Yo en tanto aviso á los chicos:
don Alberto, confiado,
rondará por estos sitios.
Se da el golpe; usted hereda;
me entrega lo consabido...

DIEGO. Ah! si mis fines se logran...

PELUSA. Délos usted por cumplidos.

DIEGO. Pues bien, anda: ahí dentro espero.
(Entra en la taberna.)

PELUSA. Por fin, de dudas salimos.
(Vase foro derecha.)

ESCENA IX.

Aparecen por la izquierda, primer término, GARCÍA y CORO DE ALGUACILES, con faroles, y despues de una breve pausa, se oyen dar las seis en un reloj de torre.

MÚSICA.

GARCÍA.—CORO.

El oficio de alguacil
es difícil de ejercer,
porque aunque es cargo civil
militar es fuerza ser.
El persigue al criminal:
él dirime una cuestion,
y es percance natural
encontrarse un coscorron.
Porque es uno corchete
y en todo se entromete,
el pueblo está en sus glorias
haciéndonos correr.
Aquí nos da un bromazo;
más tarde, un cintarazo;
y es que inventó esta vara
el mismo Lucifer.
Servicio singular,
extraña profesion,
vivir para gozar
de silba ó de chichon.

Si se quieren dos matar,
sangre es fuerza no verter:
irse dicen que es faltar,
y un delito aparecer;
cuando escapa algun ladron,
culpa fué del alguacil,
y si el *tuno* va á prision,
lo critican más de mil.
Ser listo es lo forzoso

y afable y valeroso,
que empuña nuestra mano
la vara de la ley.
Ya recta, ya se trunque,
nos toca ser el yunque,
y nos sacude el polvo
desde el vasallo al rey.
Servicio singular,
extraña profesion, etc., etc.
(Vanse de puntillas.)

ESCENA X.

AZOGUILLO, y despues LA PELUSA —EL PEINE y LAGARTO, foro izquierda.

HABLADO.

AZOG. Sin explicarme la causa,
estar no puedo tranquilo,
y he dejado quien ocupe
mi puesto, mientras atisbo.
Nadie por aquí... En la tasca?...
Don Diego!! Cuando yo digo...
y don Alberto? Es temprano;
aún no debe haber venido;
es necesario ojo alerta
estar. Mas qué es lo que miro?
(Mirando hácia el foro izquierda.)
La *Pelusa* con el *Peine*
y con *Lagarto*? Pues fijos
son los toros: conque á ver
si te portas, Azoguillo;
andando, al chiribitil,
y á hacer frente al enemigo.
(Entra en su casa por la puerta que da frente al público. Breve pausa.)

PELUSA. Tú, á la esquina, y cuando venga...
LAG. Me escurro y os doy aviso.
PEINE. Llevás herramienta?
LAG. Sí.

PELUSA. Tú solo no!

LAG. Comprendido. (Vase.)

PELUSA. Nosotros, aquí.

AZOG. (Asomándose a la ventana de su casa.) Eso es: así os veo de hito en hito.

PEINE. Habrá que avisar al viejo?

PELUSA. Yo entraré: espera aquí mismo.

PEINE. No me gusta este negocio. (Despues de vacilar.)

AZOG. Voy á tirarle un ladrillo.

LAG. Ya se acerca! Y la *Pelusa*?

PEINE. Ahí dentro!

LAG. Pues ojo al Cristo!

AZOG. Ojo al sacristan, debiérais decir.

LAG. Está prevenido!

PEINE. Yo sin órden no hago nada. (Vacilando.)

LAG. Metámonos en el quicio.

(Se guarecen en el quicio de la puerta de la taberna, desapareciendo á la vista del público.)

ESCENA XI.

DICHOS.—ALBERTO; despues, MARGARITA, y luégo, LA PELUSA.—DON DIEGO.—EL PEINE y LAGARTO.

MUSICA.

AZOG.
Don Alberto se acerca
y avisarle no puedo:
Azoguillo, es preciso
aguzar el ingenio.

(Durante este tiempo, Alberto, que viene por la izquierda, llama á la reja.)

ALB. Margarita!

MARG. Alberto mio!

ALB.
Cuándo Dios permitirá
que á la clara luz del dia
mi pasion pueda mostrar?

AZOG.
No saben los palomos
que acecha el gavilan.

MARG. Si tú eres el hombre

que mi alma soñaba,
no quiero tu nombre;
me basta tu amor:
cumplido mi anhelo,
y dueño del tuyo,
no cabe en el suelo
ventura mayor.

ALB. Mi vida te entrego
y á tí la consagro,
pues no hallo sosiego,
pensando en tu amor.
Por tí solamente
un cielo ambiciono,
que leo en tu frente
mi dicha mayor.

AZOG. Torpeza sin nombre!
Parece mentira
lo que hacen del hombre
dos frases de amor.
Nos dan por regalo
tres mil desazones,
y á veces un palo,
que es mucho peor.

(Don Diego y los tres bandidos abandonan el quicio de la puerta.)

PELUSA. Adelante! No haya miedo!
PEL. y LAG. Vamos pues!
DIEGO. Serenidad!
AZOG. Ah bribones! (Casi hablado.)
PELUSA. Quedo!
DIEGO. Quedo!
LOS CUATRO. Válganos la oscuridad.

(Avanzan de puntillas.)

AZOG. Conque está oscuro?
DIEG. y PEL. Andad, andad!
AZOG. Yo haré que acabe
la oscuridad.

(Se oculta un momento: el Peine y Lagarto abren sus navajas.)

MARG. Adios, mi Alberto!
ALB. Adios, adios!

(Se oyen las campanillas del Viático.)

LAG. y PEINE. (Aterrados.) Jesus!
AZOG. Dios me perdone
por la intencion.

(Apareciendo de nuevo con las campanillas en la mano que siguen sonando.)

DIEG. y PEL. Ah! (Lagarto y el Peine arrojan las navajas y huyen foro derecha.)
AZOG. Se hacen cruces.
No hay quien me arguya?
Digo si hay luces!
Aleluya!!!

(Al sonar las campanillas, Margarita se arrodilla, y á su ventana asoman una luz. Alberto se descubre; los balcones y ventanas van abriéndose, y aparecen en ellos diferentes luces, que iluminan la escena. Don Diego y la Pelusa entran precipitadamente en la taberna, y Alberto, asombrado, se dirige hácia la ventana en que está Azoguillo: éste lanza una carcajada, sin dejar de tocar, y cae el telon.)

ACTO SEGUNDO.

La escena, dividida horizontalmente; la parte superior, una habitacion de casa blanca, pero con ménos fondo que la inferior: á la izquierda, ventana practicable; puerta al foro y á la derecha, en primer término, y en segundo, una trampa que, abierta, da acceso á una escalera, la cual baja pegada al muro del mismo lado y comunica con la taberna que forma el piso bajo; dicha escalera está cubierta por su lado izquierdo con un tabique. que evita sea vista desde la escena, resultando los peldaños de la misma de frente al público. En la taberna, dos puertas á la izquierda y una al foro, que da á la calle; mostrador, mesas, bancos, etc., etc. Es de noche, y la escena está alumbrada por un farol suspendido del techo; la parte superior, á oscuras.

ESCENA PRIMERA.

EL TREMENDO.—SOLDADOS y ALGUACILES sentados en diferentes mesas; varios mozos sirviendo.

MÚSICA.

SOLD. Buen vino de contado,
que al fin lo paga el Rey.
ALG. Pues venga del fiado
á nombre de la ley.
SOLD. A mí!
ALG. A mí!
TODOS. Servid primero aquí.

TREMENDO. Ya va, ya va,
que todo se andará.
SOLD. Nosotros somos ántes, (Levantándose.)
golillas intrigantes.
ALG. Aguarden los matones,
soldados fanfarrones. (Idem.)
SOLD Aquí.
ALG. Aquí!
TODOS. Primero á mí, á mí.

(Se adelantan como para venir á las manos, y en este momento aparece en la puerta del foro Azoguillo con sotana y bonete: miéntras los calma, los mozos traen el vino.)

ESCENA II.

DICHOS.—AZOGUILLO.

AZOG. Haya paz entre los ruines,
que no es bien arme motines
quien los debe refrenar.
TODOS. Azoguillo!
AZOG. Caballeros,
envainad esos aceros,
que el disgusto ha de acabar.
Qué quereis? (A los soldados.)
SOLD. Vino!
AZOG. Divino!
Y vosotros? (A los alguaciles.)
ALG. Vino!
AZOG. Bravo!
Si quereis el vino, y vino
de la calle, estais al cabo.
SOLD. Brinda por la tropa.
AZOG. Cuando tenga copa. (Le dan una.)
ALG. Brinda, vive Dios! (Dándole otra.)
AZOG. Venga, y ya son dos. (Tomando ambas.)
Brindibus tequis
vaciaban vaso
por alguaciles (Bebiendo del uno.)
y por soldados. (Idem del otro.)
Y porque acabe

tal discusion,
ahí vá en su obsequio
una cancion.

Cuando una niña bonita,
de esas que al mundo echa Dios
para tormento del hombre
por la noche va al sermon,
al verla que toma
el agua bendita,
le dice un cristiano:
«Jesus, qué bonita!
Bendita la mano
que el agua tocó.»
Y ese cristiano tunante. .
Juy!
ese cristiano soy yo.
Para persignarse
ya no se halla el modo,
y hay quien por mojarse
se moja hasta el codo.
Y á la par del suyo,
se oye por do quier:
In nomine Patri
et filius... amén!
(Santiguándose y dando el beso perceptible.)

CORO. Y á la par del suyo
se oye por doquier:
In nomine Patri
et filius... amén!
(El mismo juego.)

AZOG. Allí van los Adanes
por ver las Evas,
y ellos se emperifollan,
se adornan ellas,
y entre oraciones
al pié del santo trono
suben las voces.

«Dios te salve, María»,
(Imitando la voz.)
dice una dama:
y un galan le responde:
(Idem.)
«llena de gracia.»
Y alerta el ojo,
«el señor es contigo»,
reza el esposo.
(Idem.)
Ay! *«bendita tú eres»,*
murmura un viejo,
«y bendito es el fruto»,
se oye á lo léjos.
Que todos quieren
al Dios de cielo y tierra
alzar sus preces.
(Marcándolo con la accion.)
Y el uno se santigua
con mano torpe,
el otro se sacude
tremendos golpes,
y un mosconeo
uniforme se escucha
por todo el templo.
«Para alumbrar al santo»
(Imitando la voz.)
dice un chiquito
al compas cadencioso
de su cepillo,
y miéntras anda
allí caen las monedas
de cobre ó plata;
y se acaba la fiesta,
y hácia la pila
á tomar corren todos
agua bendita,
que todos buscan
el agua con que deben
lavar sus culpas.
Una mano de nieve
moja sus dedos,

y otra ménos bonita
vuela á su encuentro,
y haciendo coro,
humildes y contritos
exclaman todos:
Mea culpa, mea culpa,
pater noster dominé
perdonatris pecatorum
con mulieris salvamé.

CORO. *Mea culpa*, etc., etc.

HABLADO.

AZOG. Ya faltar debe poco
de la novena,
y marcharse es preciso;
basta de gresca,
no haga el demonio
que si se entera el padre
me eche un responso.
Ahora saldrán del templo
las más bonitas
mujeres de trapío
que hay en la villa.
Conque el que quiera...
nada con ver se pierde.

TODOS. Vamos á verlas.
(Se dirigen á la puerta.)

AZOG. Qué hay de nuevo? (Al Tremendo.)

TREM. Algo traman.

AZOG. Vendrán?

TREM. Más tarde.

AZOG. Pues procura, *Tremendo*,
no descuidarte
que hay que cazarlos.

UNO. Azoguillo, no vienes?

AZOG. Vamos andando.
(Vanse todos.)

ESCENA III.

TREMENDO.

TREM. Mucho arriesgo en la jugada;
pero en verdad no me pesa,

que tras tantas malas obras
hacer es justo una buena.
Azoguillo es casi un hijo;
y pues pretende en la empresa
salir airoso, ayudarle
sabré con todas mis fuerzas;
y si á la postre don Diego
de mis manejos se entera
y canta, con cantar yo,
en paz; que si á mí me cuelgan
no ha de estar, por Dios, muy léjos
la suya de mi cabeza.

ESCENA IV.

DICHO.—ROSA y MARGARITA (con mantilla).

ROSA. Entre usted, nadie la ha visto.
Padre, segun lo desea
Azoguillo, aquí me traigo
á la vecina.
TREM. Bien venga,
pues viene á su casa.
MARG. Gracias!
TREM. Y una vez que aquí ya quedas,
voy á salir.
ROSA. Si es preciso...
TREM. Tu novio en ello se empeña...
ROSA. Entónces, vaya usted, Padre!
TREM. Cómo?
ROSA. Lo que á él le convenga
convenirnos debe á todos.
TREM. Mucho le quieres!
ROSA. Por fuerza.
TREM. (Nada, me aferro en mis trece.)
Hasta luégo.
ROSA. Hasta la vuelta. (Vase.)

ESCENA V.

ROSA y MARGARITA.

MARG. Qué felices son ustedes!...
ROSA. Vamos!...

MARG. Sin temer la fiera
persecucion de esos viles
que nos acosan y acechan,
pueden reposar tranquilos.
ROSA. Su causa, no es ya la nuestra?
MARG. Gracias á amistad tan noble,
mi pobre pecho aún alienta;
pues muerto Alberto, la vida
soportar más no pudiera.
ROSA. Quien le sacó de ese apuro
le sacará de cincuenta;
mas saber yo deseára,
si no peco de indiscreta,
la causa de esos enconos
y la historia de esa herencia;
pues si bien veo el efecto,
no alcanzo las consecuencias.
MARG. El Conde del Puerto, tio
de Alberto y su hermana Elena,
hizo testamento en vida
legando toda su hacienda
á su sobrina, que entonces
tres años contaba apénas.
Alberto estudiando estaba
en Salamanca, y la buena
de la madre, con su hija,
feliz vivia y contenta.
Un dia, hace quince años,
bajó la niña á la puerta
de la casa, y sin que nadie
saber el por qué pudiera,
ni tornó al hogar materno,
ni volvió ninguno á verla.
En vano fueron pesquisas,
en vano edictos y ofertas.
Pasaron meses y años
sin poder dar con sus huellas.
Viejo y enfermo el buen conde
temiendo su hora postrera,
y no queriendo á don Diego,
su primo, dejar la herencia,
por medio de un codicilo

hizo á Alberto dueño de ella,
siempre que, como él soltero,
arrastrára la existencia;
pero Alberto me adoraba,
y habíame hecho promesa
de casamiento; las gentes
murmuran de mí y se alejan;
corre mi llanto: él es noble,
y sin ver las consecuencias,
secretamente ante el ara
honor y nombre me entrega.

ROSA. Vamos, y en eso Azoguillo
danzó, como si lo viera.

MARG. El lo hizo todo.

ROSA. No dije?...

MARG. En su mano están las pruebas
de nuestra union.

ROSA. Pues no hay miedo
que las dé ni que las venda;
y si hasta aquí un sacristan
se consagró á la defensa
de un galan pundonoroso
y de una dama tan bella,
ya somos dos en la lucha,
y dos que valen por treinta.

MARG. Amiga mia!

ROSA. Qué! hermana,
siempre que á serlo se avenga
de esta sacristana en ciérnes,
al presente tabernera. (Se abrazan.)

MUSICA.

LAS DOS. Cuando dos almas
se funden en una,
cuando el cariño
es su lazo mejor,
ya no amedrenta
contrario el destino,
ni las abate
el fiero dolor
rigor.

ROSA. Tuya es mi alma,
cobra la calma,
yo tus desdichas
consolaré.

MARG. Hermana mia,
tú la alegría
das á mi pecho
con nueva fe.
Sólo en mi pecho queda una pena,
que aún por mi Alberto temblando estoy.

ROSA. Yo participo de tus angustias,
que de Azoguillo la amada soy.

MARG. Dulces dichas soñaba,
y el hado fiero
de terribles angustias
llenó mi pecho;
que es la esperanza
luz del faro que siempre
brilla y se apaga.

ROSA. Es el amor tormento
de las mujeres,
y la que no ama nunca,
sufre y padece;
porque el cariño,
con novio ó sin amores,
duele lo mismo.

LAS DOS. Bajo el hermoso cielo
que nos alumbra,
quiera Dios que renazca
nuestra ventura;
y en nuestro pecho,
en vez de dudas fieras,
habrá contento.

MARG. Entre tus brazos,
en tiernos lazos,
mi triste suerte sabré esperar.

ROSA. Cese tu apuro,
pues yo te juro
que al fin las cosas
se han de arreglar.

LAS DOS. La viva llama
que amor inflama

á mi Azoguillo,
hoy á mi Alberto,
sabré inspirar;
y así constante,
y siempre amante,
pese á quien pese,
vencer podrá.

HABLADO.

ROSA. Sellado está nuestro pacto,
y son tus penas mis penas;
aquí pasarás la noche
en tanto tu esposo piensa
con Azoguillo la forma
de burlar su estratagema.
MARG. Cómo pagar?...
ROSA. Descansando,
que es ya tarde, y nada temas.
MARG. Alberto?...
ROSA. Vendrá aquí luego,
y pactada la manera
de huir á tan malas artes,
ya se hará lo que convenga.
MARG. Dios te escuche.
ROSA. Ya hace tiempo
que me escucha: vamos, entra,
que yo, mientras viene padre,
he de estarme en la taberna.
(Vase Margarita.)

ESCENA VI.

ROSA.—TREMENDO, que entra precipitadamente, y en seguida DON DIEGO.

TREM. Márchate, y á una voz mia
está pronta!!
ROSA. Mas...
TREM. Silencio!
DIEGO. Una mujer.

TREM. Mi hija Rosa!
Déjanos.
ROSA. Voy al momento.
(Hace una reverencia á don Diego, y vase.)
DIEGO. Es esa tu hija?
TREM. Sí.
DIEGO. Siempre te creí soltero.
TREM. Viudo soy.
DIEGO. Estamos solos?
TREM. Ya lo ve usté.
DIEGO. Oye, Tremendo:
esta noche es necesario
que al fin se logre mi empeño,
y tu apoyo necesito
lo mismo que en otros tiempos.
TREM. Sabré cumplir como entónces.
DIEGO. Y yo sabré agradecerlo.
Un hombre me estorba.
TREM. Se hace
lo que con la niña...
DIEGO. Quedo!
Aquel fué fácil negocio
y en este hay que andar con tiento.
TREM. Quién es él?
DIEGO. Habita arriba.
TREM. El sacristan? (Fingiendo alegría.)
DIEGO. Sí!
TREM. Me alegro.
DIEGO. Cómo? (Con desconfianza.)
TREM. Le ódio!
DIEGO. Pues si afirman
que ama á tu hija...
TREM. Por eso:
él su cariño me roba,
y yo sufrirlo no puedo.
Morirá!
DIEGO. De eso se trata:
sin que adivine su intento,
en mi camino se cruza
para truncar mis proyectos;
y ya que se cruza, es fuerza
echarle á un lado.

TREM. Con tiento,
que Azoguillo no es cobarde
ni conoció nunca el miedo.

DIEGO. Es muy espesa la malla
que preparada le tengo,
y esta noche se conforma
á darme lo que deseo,
ó se pudre en una cárcel
ó sucumbe como un perro.

TREM. Luchará.

DIEGO. Será vencido.

TREM. Y si da voces?...

DIEGO. Ya harémos
de modo que no las oigan.
A las nueve ó poco ménos
habrá aquí mucha algazara.

TREM. Aquí?

DIEGO. Das baile?

TREM. No hay tiempo
de preparar...

DIEGO. No te apures
por nada: ya está dispuesto.

TREM. (Es perdido.)

DIEGO. A esto reduzco
tu papel: te avienes?

TREM. Cierto,
y aunque fuera más...

DIEGO. Me basta
si me eres fiel.

TREM. Yo, don Diego...

DIEGO. Hace quince años cumpliste
tu mision con tino y celo;
mas como cambian los hombres
al par que mudan los tiempos,
por si estás tú en este caso,
sufre que te dé un consejo.
Si el sacristan, esta noche,
por un aviso indiscreto,
no vuelve á su casa solo
como acostumbra... Ves esto?
(Le enseña un papel.)

TREM. Una carta?

DIEGO. Sí, la tuya,
en la cual, desde Toledo,
aseguras con tu firma
que la niña...

TREM. Ah, ya recuerdo!

DIEGO. Aquí no reza mi nombre,
ni en nada me comprometo.
Y al cabo, como pariente,
si á denunciar voy el hecho,
contra mí no hay prueba alguna,
pues existe otro heredero.

TREM. Es verdad, usté ignoraba
lo del codicilo...

DIEGO. Bueno;
mi pretension era hacerte
comprender que estás sujeto.

TREM. No lo olvidaré.

DIEGO. Si llega
La Pelusa, estoy adentro,
pues no quiero que la gente
me vea.

TREM. Y está bien hecho.

DIEGO. (Ya le tengo asegurado.)
(Entra por primera puerta.)

TREM. La paga, á fe de Tremendo.
Ella es mi sola alegría,
y pues me gano su afecto,
salga el sol por Antequera,
que bien hecho está lo hecho.
Rosa.
(En voz baja y acercándose á la segunda puerta.)

ESCENA VII.

EL TREMENDO.—ROSA.

ROSA. Padre.

TREM. Aquí esta noche
se da un baile, con objeto
de cometer una infamia
arriba. Azoguillo es muerto
si le cogen descuidado...

ROSA. Oh!

TREM. No perdamos el tiempo;
es necesario avisarle.
ROSA. Yo me encargo.
TREM. Voy, pues, dentro,
y ruega á Dios por nosotros. (Vase.)
ROSA. Dios siempre ampara á los buenos.
Aun debe estar en la iglesia.
Corramos. (Va á salir.)
AZOG. Viva tu cuerpo!
(Entrando con capa y sombrero de medio queso.)

ESCENA VIII.

ROSA.—AZOGUILLO.

MUSICA

ROSA. Baja la voz.
AZOG. Qué ocurre?
ROSA. Baja la voz.
AZOG. Por qué?
ROSA. Tu vida está en peligro.
AZOG. Temores de mujer.
ROSA. Mi padre lo sabe,
y el caso es muy grave;
terrible emboscada
preparan contra tí.
Aquí hay una fiesta
por ellos dispuesta,
y arriba pretenden
mejor cogerte así.
AZOG. A mí?
ROSA. A tí.
AZOG. Proyecto baladí.
ROSA. Por Dios!...
AZOG. Verán
lo que es un sacristan.
Subir pueden pronto,
que yo no soy tonto
ni es cosa tan fácill
despabilarme á mí.
No tiembles por nada;

verás la jugada
que yo les preparo,
si llegan por allí.

ROSA. Irán!

AZOG. Mejor!

ROSA. No subas, por mi amor.

AZOG. Pues ya!

ROSA. Sin tí
qué fuera, ¡ay Dios! de mí?

AZOG. No te dé temor su plan,
pues mi tacto consiguió
que hasta aquí, cuando ellos van,
ya de vuelta me hallo yo.
Hoy me van á visitar,
y los debo recibir,
y enseñarlos á bajar
si aprendieron á subir.
Ya verás tú lo bien
que me voy á divertir.

ROSA. Valor á mi pecho
le dan tus palabras,
y más se acrecienta
tu amor en mi alma.

AZOG. No temas, bien mio,
que si hay que luchar,
verás cómo vence
tu fiel sacristan.

ROSA. Ser amada por un hombre
de tu arrojo y decision,
á las hembras causa orgullo,
y orgullosa me hallo yo.
No hay peligro que te espante,
ni quien te haga vacilar;
no hay manolo tan templado
como lo es mi sacristan.
Sube, baja, entra,
pega, raja, corta,
dales mucha torta, (Accion de pegar.)
lucha con afan,
tuya es la ventaja,
no hay quien pueda más;
hiere, corre, vuela,

anda con cautela,
no desmayes nunca
y sucumbirán.

AZOG. Si me buscan han de hallarme,
que me sobra corazon,
y luchando cara á cara,
no me asustan, vive Dios;
hoy los voy, ya que se empeñan,
á partir por la mitad,
para que los ciegos canten
lo que vale un sacristan.
Rajo, pincho, corto,
yo les doy el pego,
lucho á sangre y fuego
si hay que pelear.
Subo, bajo, entro,
nunca salgo en vano,
y á los tres de mano
les he de ganar.

HABLADO.

ROSA. Pero hombre...

AZOG. Estoy decidido.

ROSA. Y no te detiene?...

AZOG. Nada.
Tengo la sangre abrasada
y el corazon renegrido.

ROSA. Y afrontas el riesgo?

AZOG. Sí!
Yo á Don Alberto casé,
y pues por mí así se vé,
salvarle me toca á mí.

ROSA. Y por qué tú, que en hablando
de boda te haces el muerto,
has casado á don Alberto?

AZOG. Por... ver de irme acostumbrando.

ROSA. Padre en nuestra union consiente...

AZOG. Pues!...

ROSA. Y la gente, á este paso,
va á decir...

AZOG. No hagas tú caso

de lo que dice la gente.
Para casarse hay que hacer
muchas cosas; la primera
es, vamos... es que uno quiera,
y yo quiero, que es querer.
Despues que quiera ella, así...
de un modo claro y conciso...
Que quieres tú, no es preciso
que me lo digas á mí.

ROSA. Pues bien; queriendo los dos,
á qué viene tanta espera?
Qué falta?

AZOG. Una friolera!
Falta...

ROSA. Qué?

AZOG. Que quiera Dios:
y déjame meditar,
que si es cierto lo que oí,
ya está probado que aquí
la astucia me ha de salvar.

ROSA. Luego temes?...

AZOG. Qué es temer?
Por mi patron!...

ROSA. No dés voces!

AZOG. Es que...

ROSA. Calla!

AZOG. Aun no conoces
á tu Azoguillo, mujer?
Ni yo por nada me asusto,
ni en vacilar he pensado,
ni la aurora habrá asomado
sin que yo dé algun disgusto;
pues quiero en esta ocasion
dar fin con el pandillaje,
porque me sobran coraje
y agallas y corazon.
Y si en esta lucha fiera
no me vence el enemigo,
me caso, Rosa, contigo!!...

ROSA. (Sin poder dominarse.)
Sí? Cuándo?

AZOG. Cuando Dios quiera.

Y ahora déjame marchar
para ponerme en acecho;
pues falta, segun sospecho,
mucho que ver é indagar.
Que aunque es peligroso asunto,
quiero alcanzar la victoria,
y mañana toco á Gloria,
ó tocan por mí á difunto.

ROSA. Adios, y en que has de ser mio
piensa.

AZOG. Me ofende la duda. (Yéndose.)

ROSA. Mira que quiero ser *viuda*. (Deteniéndole.)

AZOG. Serás... *mártir!!* Yo lo fío.
(Con mucha intencion, y vase.)

ROSA. Es, sin dudarlo, un truhan,
que seguro de mi afan,
me tiene siempre en un potro;
pero para mí no hay otro
mejor que mi sacristan.

ESCENA IX.

ROSA.—EL TREMENDO, despues EL PEINE.—LAGARTO.

TREM. Aún aquí?

ROSA. Le he visto!

TREM. Y bien?

ROSA. No desiste de su empeño.

TREM. Y vendrá?

ROSA. Dispuesto á todo.

TREM. Hace mal.

ROSA. Yo así le quiero.

TREM. Dios con bien quiera sacarle.

ROSA. Saldrá.

PEINE. (En la puerta,) No hay nadie.

TREM. (A Rosa, rápido.) Anda adentro. (Váse Rosa.)

LAG. No han venido todavía.

PEINE. Mucho mejor.
(Entran y se sientan en la primera mesa de la derecha, cerca de la escalera que comunica con el piso superior.)

LAG. Tabernero,

(El Tremendo se acerca.)
una botella y dos vasos.

PEINE. Por más que diga don Diego,
no me hace gracia este hombre.

TREM. Ya van todos acudiendo.

PEINE. A mí, *Lagarto*, este asunto
me disgusta.

LAG. Esas tenemos?

PEINE. El sacristan es un trucha
muy largo...

TREM. (Sirviéndoles.) El vino.

LAG. Y remedio
ves tú?

PEINE. Lo que veo yo
es que asegurar debemos
la recompensa, no sea
que despues...

LAG. Segun el viejo,
en cuanto coja los cuartos
de la herencia...

PEINE. Yo he propuesto
á la *Pelusa* la forma
de agarrarnos.

LAG. Pues á ello.

PEINE. Yo no quiero más belenes;
estoy, como ves, enfermo,
y terminado el asunto
le digo al oficio, vuelvo.

LAG. Y el modo de asegurarse?...

PEINE. Es que firme un documento
en que responda de todas
nuestras acciones, y luégo
ahí va el papel, señor mio,
y en cambio venga el dinero.

LAG. Y qué ha dicho *La Pelusa*?

PEINE. Ha quedado en proponérselo;
pero yo no day un paso
sin que se convenga en ello.

ESCENA X.

DICHOS.—GARCÍA y despues la PELUSA.

GARC. A la paz de Dios.
TREM. García!
tú por aquí?
LAG. Vaya un cuervo!
PEINE. Tambien ese entra en el ajo.
LAG. Muchos somos.
PEINE. Eso es bueno.
GARC. Vino!
(Sentándose en la primera mesa de la izquierda.)
TREM. No!
GARC. Cómo que no?
Sírveme aquí de lo añejo!
TREM. Creí que me preguntabas
por *ella*.
GARC. (Accion de beber.) Por *él*.
TREM. Convengo.
PELUSA. Buenas noches!
LAG. (Al Peine.) Ahí la tienes.
GARC. Una botella de ménos.
PELUSA. (A García.) Hemos de hablar!
PEINE. (A Pelusa.) Qué te ha dicho?
PELUSA. Que firmará el documento.
PEINE. Hay que extenderle?
PELUSA En seguida.
PEINE. A ver, papel y tintero!
(El Tremendo deja un vaso y una botella en la mesa de García y trae á la del Peine un pliego de papel grande y un tintero de barro.)
PELUSA. Qué estás bebiendo? (A García.)
GARC. (Con socarronería.) Cerveza.
PELUSA. No se bebe más! (Tira la botella.)
GARC. Qué has hecho?
PELUSA. Esta noche has de tener
los sentidos muy despiertos;
cuando el *Peine* te dé aviso,
arriba.
GARC. Y si no?

PELUSA. Aquí quieto.
Tus hombres?
GARC. Ahí fuera aguardan.
PELUSA. Pues ya sabes...
GARC. No haya miedo.
Si subo, al que pesque arriba
lo amarro sin miramientos,
y á la cárcel de cabeza.
PEINE. Esto está listo.
PELUSA. Tremendo,
díle á don Diego que salga.
(El Tremendo entra por la primera puerta de la izquierda.)
PEINE. Escucha, á ver.
PELUSA. Escuchemos.
PEINE. (Leyendo.) «Yo, don Diego de Villasante, declaro, que estando á mi servicio los conocidos por los apodos *El Peine* y *Lagarto*, soy responsable de todo cuanto hicieren esta noche.
Madrid, etcétera.»
PELUSA. Es duro.
LAG. Pues lo firma, ó nada hacemos.
PELUSA. Vais á echarlo á perder todo.
PEINE. Acaso es mejor...
PELUSA. Silencio.

ESCENA XI.

DICHOS.—DON DIEGO; detras sale EL TREMENDO.

PELUSA. Aquí está el papel.
LAG. Veamos
el efecto que le hace.
DIEGO. Yo no firmo eso. (Despues de leerlo.)
PEINE. Corriente;
pues yo no sirvo de balde.
LAG. Ni yo. (Medio mútis.)
PELUSA. Que se van!
DIEGO. No importa.
PELUSA. Aguardaros. (Ellos saben
nuestro plan, y por venganza

pueden hablar.)

DIEGO. Miserables!

PEINE. Es que, pronto, fuera ó dentro!

DIEGO. (Qué hacer?)

LAG. Y si no, á la calle.

DIEGO. Qué os proponeis?

PELUSA. Si Azoguillo
da los papeles, dejarle
en paz y en gracia de Dios;
si se niega...

DIEGO. Asesinarle?

PELUSA. Y aguardar que don Alberto
venga á verle. Entónces caen
sobre él García y su gente,
es conducido á la cárcel,
acusado de homicidio...

DIEGO. No firmo!

PEINE. No hay que enfadarse.

PELUSA. Naufragar casi en la orilla!

DIEGO. Oh, no!

PELUSA. Su muerte es probable,
mas no segura

PEINE. No piense
que hay interes; él ya sabe
lo que le conviene.

PELUSA. El miedo
es mal consejero.

DIEGO. Infames!

PELUSA. Firme usted, que yo respondo
de todo, y apoderarme
ofrezco del documento.

DIEGO. Más querrán!...

PELUSA. Me son leales.

PEINE. Se resiste. (A Lagarto.)

DIEGO. Y ahora?

PELUSA. Ahora...
poco se pierde en dejarles
que lo tengan; despues yo...

DIEGO. Pero... (Vacilando.)

PELUSA. Y en último trance... (Le habla al oido.)

DIEGO. Venga el papel!

LAG. Aquí hay plumas.

DIEGO. Tomad, tomad, y dejadme. (Firma.)

PEINE. Así me gustan los hombres.

(Coge el papel y se lo guarda en el pecho. Don Diego se sienta en la mesa que ántes ocupaban ellos.)

Ahora no temo un percance.

PELUSA. Tú, aquí, *Lagarto*; nosotros,
á esperar: si llega ántes
don Alberto, nos avisas
y así no tienen escape.

PEINE. Si yo aviso, sube usted; (A don Diego.)
si no... *requiescat in pace.*

(Vanse El Peine y La Pelusa. Lagarto se sienta en una de las mesas cercanas á la puerta del foro: García está medio dormido, recostado en su mesa.)

ESCENA XII.

DON DIEGO, EL TREMENDO, GARCÍA y LAGARTO: despues, AZOGUILLO en la parte superior.

TREM. Dicen que muerte de oveja
tras junta de rabadanes;
pero aquí la oveja aún
quién va á ser ninguno sabe.

Arriba.

AZOG. (Entra en su habitacion, con la capa echada sobre el brazo, una pistola en la mano derecha y una linterna en la izquierda, y despues de examinar la escena, dice:)

Vamos, pues aun no han subido,
lo dejan para más tarde.

(Se quita el sombrero y deja la capa en una silla.)

Yo he creido ver dos bultos
en la esquina, y no haga el diantre
que miéntras cuido la puerta
por la ventana me asalten.

(Va á mirar por la ventana. En este momento dan las nueve en un reloj de torre.)

ESCENA XIII.

DICHOS y DON ALBERTO, que entra en la taberna.

Abajo.

GARC. Dan horas.
TREM. Serán las nueve.
GARC. Las nueve? (Restregándose los ojos.)
DIEGO. (Viendo entrar á Alberto.) El! (Se cubre el rostro.)
ALB. Entremos. (Despues de mirar desde la puerta.)
TREM. Calle!
Buenas noches. Don Alberto.
ALB. Muy buenas: podria hablarse
con Azoguillo?
TREM. Está arriba:
entrar debió hace un instante.
ALB. Voy, pues. (Dirigiéndose á la escalera.)
LAG. Negocio seguro.
GARC. Y el hombre tiene su empaque.
LAG. Ya entró el pájaro en la jaula. (Vase.)
DIEGO. No ha parecido fijarse.
TREM. Dios con bien quiera sacarnos.

Arriba.

AZOG. Los dos quietos en la calle.
Hola, se acerca otro!... Eh? Llaman?
(Alberto llama en la trampa con los nudillos, y despues la levanta, entrando en el piso superior.)
ALB. Soy yo!
AZOG. Don Alberto!... Cae
usted llovido del cielo.
Ahí va mi capa. (Poniéndosela sobre los hombros.)
ALB. Qué haces?
AZOG. Mi sombrero. (Quitándole el que lleva puesto y dándole el suyo.)
ALB. Mas qué intentas?
AZOG. Márchese usted al instante;
mas vaya bien prevenido,
que hay quien nos acecha, y trate

de imitarme en lo posible.

ALB. Pero piensa...

AZOG. Si fiarse
quiere de mí, no replique.

Abajo.

DIEGO. Estoy intranquilo!

GARC. (Con impaciencia.) Nadie!!

Arriba.

ALB. Fío en tí. (Vase por la puerta del foro, llevándose su sombrero.)

AZOG. Bien embozado!!
Ahora, á ver qué ideas traen.
(Vuelve á mirar por la ventana despues de apagar la luz. Empieza á oirse lejana música de guitarras y bandurrias.)

Abajo.

TREM. Ya se escuchan muy cercanas
las bandurrias.

Arriba.

AZOG. Ah tunantes!
Nos quieren matar con música?

Abajo.

TREM. Aquí están!

Arriba.

AZOG. (Mirando.) Me gusta el lance.

ESCENA XIV.

DICHOS y CORO GENERAL, que en tropel invade la taberna, abriendo la marcha la banda de guitarras y bandurrias.

MUSICA.

Abajo.

CORO. Vivan los madrileños,
que son gente de bulla,

vivan los que puntean
guitarras y bandurrias:
dale que dale al trasto,
dale que le darás,
mira que ya las cuerdas
se van á destemplar.
Ay! dale que dale,
que ya el tono sale:
ay! dale, que á mí
me gusta así. (Sigue la música en la orquesta.)

HABLADO.

TREM. Irse sentando, señores!

Arriba.

AZOG. Sube, sube, que no sabes
lo que te espera.
(Oyendo en la puerta del foro.)

Abajo.

DIEGO. No avisan!

ESCENA XV.

DICHOS y EL PEINE, que aparece en la puerta del foro del piso superior y entra con precaucion.

Arriba.

PEINE. Está abierta?
AZOG. (Cogiéndole por la garganta.) Miserable!
PEINE. Azoguillo!! (Aterrado.)
AZOG. No te muevas!
PEINE. Yo vine... para avisarte
y decirte...
AZOG. Mientes!
PEINE. Juro...
AZOG. *Peine*, no jures en balde,
ó por San Justo, que aprieto
y te quedas sin gaznate.
PEINE. Suelta. (Medio ahogado.)

AZOG. Hablarás?
PEINE. Sí!
AZOG. (Sin soltarle.) Pues habla.
PEINE. Yo vengo...
AZOG. Porque el infame
de don Diego lo ha mandado.
PEINE. Sí: *La Pelusa* esta tarde
oyó que vendria aquí
don Alberto... Yo sus planes
ignoro. (Cae de rodillas.)
AZOG. Y el viejo?
PEINE. Abajo.
AZOG. Dices verdad?
PEINE. Esperándome
con García.
AZOG. Y *La Pelusa*?
PEINE. Con *Lagarto* ahí en la calle.
AZOG. La seña será? ..
PEINE. Un silbido.
AZOG. Vén! (Arrastrándole.)
PEINE. No por Dios! A matarte
se comprometieron ellos.
AZOG. Y Alberto...
PEINE. Siendo el culpable
de tu muerte...
AZOG. Era perdido?

Abajo.

DIEGO. Ya tardan.
TREM. A colocarse.
(Se colocan en actitud de bailar várias parejas.)

Arriba.

AZOG. Entra ó te mato!
PEINE. Obedezco.
(Empujado por Azoguillo, entra seguido de éste por la puerta de la derecha: todo este diálogo sumamente rápido, si bien muy perceptible.)

Abajo.

TREM. Ea, muchachas en baile!

MÚSICA.

CORO.

París es una aldea;
Lóndres, un pueblo;
un lugarejo Roma,
y España un cielo.
Así me explico
por qué se ve en mi tierra
tanto angelito.
Viva tu cuerpo,
morena mia,
que va soltando
sal y arropía;
viva tu pié
tan chiquitin;
anda con fe,
mueve el chapin.

Cuando una madrileña
pisa la calle,
todos al verla dicen:
«Viva tu madre!»
Grito que premia
á la que echó á este mundo
cosas tan buenas.
Viva tu cuerpo,
morena mia,
que va soltando
sal y arropía;
viva tu pié
tan chiquitin;
anda con fe,
mueve el chapin.

(Antes de acabar el primer estribillo de la primera copla sale Azoguillo disfrazado, con la montera, la capa, las gafas y el cayado de El Peine: cierra la puerta de la derecha por fuera, y dirigiéndose á la ventana, da un silbido agudo y prolongado: despues se acerca á la puerta del foro y escucha breves momentos, y en seguida, levantando la trampa, baja la escalera precipitadamente: durante todo este tiempo debe cantar el coro la segunda copla.)

HABLADO.

TODOS. Bravo!

TREM. Una ronda, una ronda
para remojar las fauces.

AZOG. (Pasando por delante de don Diego é imitando la cojera de El Peine.)
El raton ya está cogido.

DIEGO. Ah! (Con alegría.)

AZOG. Suba usté. (Don Diego vase precipitadamente por el foro.)

GAR. (Viendo á Azoguillo.) El Peine!

AZOG. A escape, (A García.)
arriba con los corchetes!
(García sale tambien por el foro muy deprisa, y Azoguillo se confunde entre los del coro, al mismo tiempo que la Pelusa y Lagarto entreabren la puerta del foro del piso superior y avanzan sigilosamente.)

ESCENA XVI.

DICHOS.—LA PELUSA y LAGARTO; luégo, D. DIEGO, despues, EL PEINE y en seguida GARCÍA, seguido de la ronda; todos éstos, en el piso superior.

Arriba.

LAG. Despacio!

PELUSA. Estás ahí?

LAG. No hay nadie!

PELUSA. Se oye ruido en la escalera.

LAG. Quieren dar vuelta á una llave.
(Se oye forcejear en la cerradura de la puerta de la derecha.)
Será don Alberto?

PELUSA. Hiere!

DIEGO. Qué oscuridad!
(Lagarto abre la puerta de la derecha, y El Peine, en mangas de camisa, sale á tientas.)

PEINE. Dios me ampare!

LAG. Ya es mio! (Asiéndole y dándole una puñalada.)

PEINE. (Al sentirse herido.)

Favor! (Cae muerto.)

DIEGO. (Acercándose á la pared.) Qué es esto?

GARC. (En la puerta del foro, seguido de los de la ronda, que llevan faroles.

Alto á la ronda!

Abajo.

AZOG. (Que, sin disfraz, se lanza en medio de la escena y rompe el baile en primer término. Mucha precision y rapidez.)

Ande el baile!!!

CORO. París es una aldea;

Lóndres, un pueblo, etc.

(Don Diego huye por la ventana, y los Alguaciles entran á apoderarse de la Pelusa y Lagarto, que quedan aterrados al reconocer á El Peine. En la taberna empieza de nuevo el baile: grandes palmoteos y risotadas. Cuadro; y telon rápido ántes de que concluya la seguidilla.)

ACTO TERCERO.

Patio de una casa de vecindad con corredores, á los cuales se sube por una escalera que habrá á la izquierda y arrancará desde la segunda caja; tanto arriba como en el patio, diferentes puertas practicables y numeradas, pertenecientes á otras tantas habitaciones; la primera puerta de la derecha, en el patio, tendrá en una de sus hojas un ventanillo grande, por el cual ha de asomar la cabeza Azoguillo. La puerta de entrada al patio será una que habrá á la derecha en último término).

Aparece la escena sola completamente; va amaneciendo; se abren las diferentes puertas del patio y corredor, saliendo por ellas el coro de hombres bostezando y en actitud soñolienta.

ESCENA PRIMERA.

CORO DE HOMBRES.

UNOS. Ah! Ah! buena mañanita.
OTROS. Ah! Ah! fresca está en verdad.
UNOS. Ya las siete han dado.
OTROS. Vaya un madrugar!
TODOS. Qué demonios hubo anoche,
á las nueve ó poco más,
que se oyó tal algazara
de correr, salir y entrar?
En la tasca de *El Tremendo*
suceder algo debió,

porque el baile que allí habia
de repente se acabó.
Jesus, qué barrio
tan intranquilo!
Aquí es la gente
de mal vivir.
Los que temprano
nos recogemos
no lograrémos
jamás dormir.

UNOS. Vaya si hace fresco!

OTROS. No se está aquí bien!

TODOS. Cuándo de la compra
vendrá mi mujer?
(Se oye dentro tumulto.)
Tal murmurar...
tal frenesí...
No hay que dudar,
ya están aquí.

ESCENA II.

CORO DE MUJERES, que figuran venir de la compra, trayendo al brazo cestas y saquillos con pan.

UNAS. Qué cosas tan raras
pasan en Madrid!

OTRAS. Siempre tiene una
la vida en un tris!

HOMBRES. Qué es lo que sucede?

MUJERES. Flojo es el belen;
cómo está la plaza
de San Miguel!
En la casa de ahí enfrente,
donde vive el sacristan,
se amontona tanta gente,
que ya llega hasta el zaguan.
Se asegura que Azoguillo,
sin motivo ni razon,
ayer noche á un pobrecillo
le ha partido el corazon.

HOMBRES. Con qué calma lo tomas!
MUJERES. Buscándole ya están.
HOMBRES. Caramba con las bromas
que gasta el sacristan!
MUJERES. La taberna está cerrada:
el culpable se escapó,
y á un bribon y á una taimada
detener se consiguió:
unos dicen que es verdad;
otros, que no puede ser,
y se está la vecindad
deshaciendo por saber.
HOMBRES. Quién diablos lo creyera?
MUJERES. Yo pienso averiguar...
HOMBRES. Que sea lo que quiera,
y vamos á almorzar.
(Van entrando en sus respectivas habitaciones.)

ESCENA III.

HABLADO.

ROSA, y despues AZOGUILLO, que asoma por un ventanillo que habrá en la puerta de la derecha.

ROSA. Ninguno me ha visto entrar,
engolfados en saber
y ansiosos de investigar:
ántes que me puedan ver
es necesario llamar.
(Golpea en la primera puerta derecha.)
AZOG. Quién golpeó el ventanillo?
ROSA. Azoguillo!
AZOG. Rosa!
ROSA. Que te buscan ve!
AZOG. Ya sé.
Mas tiempo que así trascurre,
aburre...
ROSA. Y no sabes lo que ocurre?
la ronda doquier husmea...
AZOG. Pues bien, sea como sea
AZOGUILLO YA SE ABURRE.
ROSA. Por tí claman, óyelos.

AZOG. Déjalos!
ROSA. Dicen que á hallarte se obligan...
AZOG. Que digan!
ROSA. Y el pueblo en cólera monta.
AZOG. Tonta!
La ley, quien no teme, afronta,
y la ley es nula aquí.
Pero al tratarse de mí,
DÉJALOS QUE DIGAN, TONTA!
ROSA. Ay, Azoguillo! es mi afan
que van
á prenderte.
AZOG. Qué han de ir!
A salir
se exponen, por mis pecados,
cardados (1).
ROSA. Mira que están empeñados
en perderte!
AZOG. Brava cosa!
ROSA. Qué calma!
AZOG. Te juro, Rosa,
QUE VAN Á SALIR CARDADOS.
ROSA. Ya cercano zumba el trueno!
AZOG. Bueno!
Es lance, y me felicito,
bonito,
y ha de salirles el trato
barato.
Con la horma de su zapato
darán, y á su plan me asocio;
que va á ser este negocio
BUENO, BONITO Y BARATO.
Mi lengua, jamás perjura,
asegura
que si á encarcelarme prueban,
llevan
á casa por carne, hueso.
ROSA. Preso
una vez...

(1) En Cataluña, la palabra «cardados» se suplirá con la de «clavados.»

AZOG. Respondo de eso.
ROSA. Y por qué tal terquedad?
AZOG. Tengo la seguridad!...
ROSA. A SEGURA LLEVAN PRESO.
AZOG. Pisastes, segun se observa,
mala hierba.
ROSA. Tu empeño mi valor trunca
AZOG. Nunca!
y ántes que engañar quien quiere,
muere.
Ocurra lo que ocurriere,
de mi fe tu pecho es nicho;
más dice el dicho, bien dicho
MALA HIERBA NUNCA MUERE;
y pues temor te avasalla...
ROSA. Calla! (Escuchando.)
AZOG. Qué causa es la que aterra?
ROSA. Cierra!
que oigo pasos y segun...
AZOG. Pataplun! (Cierra de golpe y pasando un momento vuelve á abrir,)
de fijo habrá sido algun
vano rumor; ¿no es así?
ROSA. Silencio! (Escuchando de nuevo.)
AZOG. Es que...
ROSA. Ya está aquí,
CALLA Y CIERRA!!
AZOG. PATAPLUN!!!
(Cierra definitivamente.)

ESCENA IV.

ROSA y ALBERTO.

ROSA. No tengo sangre en las venas,
y esta inquietud... Don Alberto!! (Viéndole entrar.)
ALB. Azoguillo?
ROSA. Ahí!
ALB. Desde anoche?
ROSA. Tan pronto como el suceso
llegó á noticia de padre,
le hizo escapar al momento;

y por lo mismo que aquí
buscar debieran primero,
se refugió en esta casa,
que es la que vigilan ménos.

ALB. Pero él no hirió?

ROSA. Hay cien testigos
que en la taberna le vieron
miéntras pasó el lance arriba.

ALB. Mas al huir se hace reo.

ROSA. Y si le cogen, le encierran,
y miéntras dura el proceso
se vengan de él y de ustedes
y nos quedamos tan frescos:
pasada la primer agua,
y usted de la herencia dueño,
él se presenta; entre todos
la verdad patente hacemos;
La Pelusa se desgreña;
se desespera don Diego;
yo me caso; usted publica
su boda, y todos contentos.

ALB. Hoy, Rosa, por fin, termina
el plazo.

ROSA. Bien, pues por eso.

ALB. Hay declaracion alguna
en contra de él?

ROSA. Ni por pienso.
Mas como en su casa misma
se cometió el crímen, dieron
en decir las malas lenguas
que él era autor del suceso.
A estas horas ya sin duda
declarado habrán los presos,
y ántes que termine el dia
quizás de apuros saldrémos.

ESCENA V.

DICHOS y EL TREMENDO.

TREM. Rosa!

ROSA. Padre, qué sucede?

está usted pálido, trémulo.

TREM. Negártelo es imposible,
que el caso no es para ménos.

ALB. Hable usted!

TREM. Los miserables
no desperdician los medios
para envolvernos á todos
y dar cima á sus proyectos.

ROSA. Acabe usted!

TREM. *La Pelusa*
se escapó anoche, ó fingieron
que se escapaba, y *Lagarto*
ha declarado que el muerto,
ántes de espirar. . Infames!
dijo que Azoguillo...

ROSA. Cielos!

TREM. Era su asesino!!

ALB. Cómo?

TREM. Los de la ronda, que vieron
saltar á un hombre aseguran
por la ventana, y Don Diego,
que no descansa un instante,
extender contra él ha hecho
auto de prision.

ROSA. Dios mio!

TREM. Ah, pero eso lo verémos!

ALB. Hay que disponer su fuga.

ROSA. Y sin perder un momento.

TREM. El no querrá.

ALB. Aunque no quiera.
Yo soy el causante de esto,
y accede, ó su libertad
á obtener me comprometo,
haciendo como ellos quieren
público mi casamiento.

ROSA. No, don Alberto, eso no.

TREM. Ea, no perder el tiempo,
y vamos á verle.

ROSA. Sí,
es lo mejor.

ALB. Pues entremos.

(Llaman en la primera puerta de la derecha, la cual se abre en seguida, y entran.)

ESCENA VI.

Va saliendo el coro de chicos, por diferentes puertas, llevando libros, cartapacios, etc., etc., y en actitud de ir á la escuela: algunos hombres y mujeres asoman detras de ellos, y despues de darles un beso, vuelven á entrar, cerrando en seguida.

CORO DE CHICOS. Hasta luégo, padre!
hasta luégo, abuela!
vamos compañeros,
vamos á la escuela.
(Se reunen en el centro y dicen muy piano:)
No sabeis anoche
lo que ha sucedido?
yo quiero enterarme
y hay que hacer novillos.
(Corren de puntillas á mirar por las rendijas de las puertas, y vuelven dando una carrerilla.)
Diz que á Azoguillo
le llaman pillo,
y que alguaciles
se ven á miles,
tan pronto aquí,
tan pronto allá,
por ver si huelen
en donde está.
Tontería,
todo en vano;
cualquier dia
le echan mano!
Busca, Colás;
que si ellos saben,
él sabe más.
Como en mí consista,
vamos al decir,
descubrir su pista
no han de conseguir.
Fieles monaguillos
somos de verdad
todos los chiquillos
de la vecindad.

El muerto es cierto
que está bien muerto,
pues ahora padre
decia á madre:
Si al *Peine* así
mató cruel,
valiente *peine*
sería él!
Cual se ofuscan
los golillas
si le buscan
las cosquillas,
que al sacristan
chicos y grandes
defenderán.
Vamos á cachetes
á luchar por él.
Sobre los corchetes,
piedras á granel.
Hoy le salvarémos,
voto á Barrabas!
y á la ronda harémos
que se vuelva atras.
Y al ver cuál huyen,
sin vacilar,
siempre tras ellos
hay que gritar:
Zoquete, Zoquete!
un chiquillo te engañó.
Corchete, corchete!
Azoguillo se salvó.
(Vanse corriendo á la desbandada.)

ESCENA VII.

DON DIEGO y GARCIA.

HABLADO.

DIEGO. Y dices que aquí han entrado?
GARC. Sí, señor; ella, primero;
el mozalbete, más tarde,
y por último, *El Tremendo.*
DIEGO. Luego nos vende?

GARC. Las señas
son mortales.
DIEGO. Y estás cierto
de que eran?
GARC. Tendria gracia
que un alguacil fuera ciego
cuando le aclaran la vista
con un bolson bien repleto.
DIEGO. Entónces, el sacristan
debe estar por fuerza ahí dentro?
GARC. En casa de Margarita!
Eso se ve desde luégo.
DIEGO. Hay que proceder con calma,
no nos engañe de nuevo.
GARC. Lo que es hoy...
DIEGO. Vamos por partes:
al ser registrado el muerto,
qué se encontró en sus vestidos?
GARC. Pues si mal no lo recuerdo,
una imágen de la Vírgen,
una navaja, un pañuelo,
y tres monedas de plata.
DIEGO. Y papeles?
GARC. Lo que es eso...
DIEGO. Habla!
GARC. Papeles le hallamos.
La *Pelusa* me hizo un gesto,
y yo, que entendí la idea,
los rompí.
DIEGO. Mas sin leerlos?
GARC. Tiempo habia de esas cosas!
Y gracias que pude hacerlo
sin que se enterára nadie.
DIEGO. Respiro!
GARC. Conque...
DIEGO. Un momento:
La *Pelusa* ha dado aviso?
GARC. No, señor, y estoy inquieto,
porque anoche, cuando al cabo
y al fin, gracias á mi ingenio,
pudo escapar de la ronda
sus ligaduras rompiendo,

«Ay del sacristan!» me dijo
en voz baja, y yo me temo...
Ella es mujer testaruda,
y ha tenido ya un tropiezo,
ó anda buscándole el bulto
al sacristan marrullero.

DIEGO. Si hallára al fin los papeles!...

GARC. Pues mire usted, que de ménos
nos hizo Dios, porque es hembra...
en fin, lo que es yo, le tiemblo.

DIEGO. *Lagarto* habrá declarado?

GARC. Lo mismo que el Padre Nuestro
se aprendió lo escrito el pobre.
Que ayer *El Peine* y él vieron
por la mañana á Azoguillo,
quien los invitó al jaleo
que por la noche debia
dar en su casa *El Tremendo,*
suplicándoles pasáran
por su cuartucho primero.
Que á la hora fué allá *Lagarto*,
y en la escalera, subiendo,
vió á *La Pelusa*, quien iba
tambien con el mismo objeto:
que al llegar sintieron voces
y rebullicio y lamentos,
y al par que á traves del marco
de la ventana pudieron
ver saltar á un hombre, gracias
á la luna, cayó al suelo
El Peine, diciendo: «A ese;
Azoguillo es quien me ha muerto.»
Aterrados, intentaron
huir de allí; pero en esto
llegó conmigo la ronda,
se les hizo á los dos presos,
y que ni saben, ni pueden
decir más sobre el suceso.
Me parece que el muchacho
merece, señor, un premio.

DIEGO. Ya hablarémos de ese asunto,
que en cosas más graves pienso.

Margarita vive ahí sola?
GARC. Con una vieja... mas tiento
tenga usted, que ahora hay dos hombres
y ese demonio allá dentro.
DIEGO. La puerta del cuarto?...
GARC. Es ésa. (Primera derecha.)
DIEGO. Déjame solo, pues quiero
intentar...
GARC. Mucho cuidado,
que Azoguillo...
DIEGO. No hayas miedo.
Si pasados diez minutos
vieses que no me presento,
dá parte al alcalde y entra.
En tanto, vigila el puesto,
y si escapar intentára...
GARC. Si sale, negocio hecho.
DIEGO. Hay disfraces.
GARC. No le sirven;
me ha dado sustos tremendos
y palizas soberanas,
y hasta copas de lo añejo,
para que se me despinte,
aunque cambiase de pelo.
DIEGO. Vé, pues!
GARC. No he de estar tranquilo
en tanto que no le ahorquemos. (Vase.)

ESCENA VIII.

DON DIEGO.

Que él es la causa de todo,
no me cabe duda; pero
si *El Peine* fué quien me dijo
que subiera, cómo luego?...
Con perderle nada logro,
y si infundiéndole miedo
pudiera... Sí, es necesario
agotar todos los medios,
que hoy cumple el plazo, y si hoy mismo
los papeles no presento,

los otros gozan la herencia
aunque Azoguillo esté preso·
Veamos... ruido se escucha;
van á salir; ocultémonos.
(Se oculta debajo del hueco de la escalera.)

ESCENA IX.

AZOGUILLO.—ROSA.—DON DIEGO, oculto.

AZOG. No seas tonta, mujer! (Deteniéndola.)
ROSA. Ea, déjame, ó me enfado!
AZOG. Pero...
ROSA. Si está así acordado ..
AZOG. Mas yo me debo oponer:
no tengo por qué escapar!..
ROSA. Y si te prenden?
AZOG. Mejor
para mí!
ROSA. Pues no, señor;
á obedecer y á callar.
En una mujer, ninguno
repara; voy, lo dispongo,
y ántes de una hora...
AZOG. Me opongo!...
ROSA. Pero por Dios trino y uno!
Si ya padre dió en el quid,
y don Alberto lo quiere.
Si yo...
AZOG. Sea como fuere,
no me muevo de Madrid.
Tranquilo tras el reducto,
en mi puesto aguardo fiel.
ROSA. Mas!...
AZOG. (Bajando la voz, y llevándola cerca de la escalera.)
Tengo, Rosa, un papel
que es casi un salvoconducto.
ROSA. Un papel?
AZOG. Sí.
DIEGO. (Asomándose.) La partida
de casamiento!
AZOG. Ten fe!

DIEGO. Yo arrancártelo sabré.
ROSA. Cielos! Será?...
AZOG. Tú descuida.
Por conseguirlo don Diego
su fortuna acaso diera.
Ya ves si tengo manera
de poder ganar el juego.
ROSA. Pero ese papel, fiado
fué Azoguillo á tu hidalguía,
y entregárselo sería
accion propia de un malvado.
AZOG. Yo sé lo que debo hacer,
y aprende, sin que te asombre,
que en los negocios del hombre
no se mezcla la mujer.
ROSA. Y serás capaz?...
AZOG. De todo
lo que convenga á mi plan.
ROSA. Bien: pues de mí no dirán
que á tu intento me acomodo;
y pues me ordena mi padre
buscarte amparo y disfraz,
cumplo su mandato... y haz
despues lo que más te cuadre.
(Conmovida.)
Mas si cubres de mancilla
un nombre que he de llevar,
no te vuelvas á acordar
de que existo.
AZOG. (Pobrecilla!)
Pero mujer...
ROSA. (Enjugando un lágrima.)
Hasta luégo! (Vase bruscamente.)
AZOG. Su enojo mi dicha labra. (Va á marcharse.)

ESCENA X.

AZOGUILLO.—DON DIEGO.

DIEGO. Azoguillo, una palabra.
AZOG. Qué? (Volviéndose con rapidez.)
DIEGO. Soy yo!

AZOG. (Muy afectuoso.) Señor Don Diego!!!
DIEGO. Me conoces?
AZOG. Ya se ve.
DIEGO. Y no tiemblas?
AZOG. Yo?... por qué?
Acaso por saludar
á un hombre tan... *regular*
y tan *bueno* como usté?
DIEGO. Observa...
AZOG. En el barrio á gritos
así al ménos lo proclaman
hombres, mujeres, chiquitos;
todos, y *El Santo* le llaman
por sus... *milagros* benditos.
Por lo cual, yo que lo entiendo,
el justo afan comprendiendo
de los que así le bautizan,
con fe *al Santo* me encomiendo,
por si al fin le canonizan.
DIEGO. Ira de Dios!
AZOG. Qué escuché?
DIEGO. Azoguillo!!...
AZOG. Jura usté
como los hombres vulgares?
Y este es *el Santo*?... Pajares!...
DIEGO. Acabemos!
AZOG. Ya acabé.
DIEGO. En vano intentas así
disfrazar que te cogí
y estás perdido...
AZOG. Por Dios!
Perdido!! Quién de los dos
será el más *perdido* aquí?
DIEGO. Estás acusado!
AZOG. Y qué?
DIEGO. Se te busca!
AZOG. Ya lo sé.
Y me cogerán: no es eso?
Y estaré unos dias preso.
Y luégo?... á ver, siga usté.
DIEGO. Por qué tu voz no confiesa
que mirarme aquí te pesa

y te amedrenta el recelo?
El lobo tiene su presa.

AZOG. Quizá! Mas del *lobo* un pelo.

DIEGO. Oye: te vengo á ofrecer
la libertad.

AZOG. Puede ser!

DIEGO. No te burles.

AZOG. Tiene chiste!

DIEGO. Alcanzarla en tí consiste.

AZOG. Bueno, y qué tengo que hacer?

DIEGO. Desde allí oculto, há un momento,
lo escuché todo.

AZOG. Ah taimado!

DIEGO. No niegues; fuera excusado;
tú tienes un documento
que es por mí muy codiciado.

AZOG. Yo, don Diego...

DIEGO. Ese papel
te exijo!

AZOG. He jurado fiel
conservarle...

DIEGO. Y no comprendes
á qué precio me le vendes?

AZOG. Yo...

DIEGO. Tu libertad por él.

AZOG. No! (Vacilando.)

DIEGO. La casa está cercada
y no vas á lograr nada
con oponer necio aplomo.
Vendrán...

AZOG. Molestia excusada.
Y si vienen, me lo como.

DIEGO. Oh!

AZOG. Su intencion adivino
y quiero arrostrar mi sino.

DIEGO. Pero no oyes, desgraciado,
que estás cogido, cercado?...

AZOG. Y acusado de asesino.
Por esa misma razon
no hay en su proposicion
buena fe.

DIEGO. Yo te repito...

AZOG. Quién de tan torpe delito
levanta la acusacion?
Cómo probar que no fuí
quien mató al *Peine*, si á mí
me acusan las pruebas todas?

DIEGO. Si á servirme te acomodas,
yo sabré probarlo.

AZOG. Sí?
usted? y cómo?

DIEGO. Diciendo
que de crímen tan horrendo
ni áun pudistes ser testigo,
pues en casa de *El Tremendo*
á esa hora estabas conmigo.

AZOG. No basta.

DIEGO. Ante el tribunal,
mi rectitud proverbial
en la causa ha de hacer peso.

AZOG. Sí, más no basta con eso
ni así se remedia el mal.
Quiero una prueba palpable,
y esta aparece confusa.

DIEGO. Pues no acierto...

AZOG. Algo que hable
alto... Nombrar al culpable:
al *Lagarto*... á la *Pelusa*
por ejemplo...

DIEGO. Mas...

AZOG. Y dije
estos dos, porque, á mi ver,
ya que hablar claro se exige,
acusarlos no me aflige,
pues ellos debieron ser.

DIEGO. Es muy grave!

AZOG. Y usted sabe
del paso que doy lo grave?
Yo que amistad juré fiel...
Traicion mayor ya no cabe...

DIEGO. Y entregarás el papel
que guardas?

AZOG. Tan sólo así;
mas temiendo la malicia

que en usted siempre advertí,
lo entregaré... á la justicia.

DIEGO. Me es igual.

AZOG. Tambien á mí.
Porque en este compromiso
pactado, al más leve viso
de ir usté á faltar al suyo,
sirva, don Diego, de aviso,
el papel aquí destruyo,
y hasta que usted no declare
y el mal causado repare
no cumplo yo lo ofrecido.

DIEGO. Nada temas.

AZOG. Convenido.
Ahora, que Dios nos ampare.

ESCENA XI.

DICHOS y ROSA; despues, ALBERTO, EL TREMENDO y MARGARITA; luégo, GARCÍA y coro de alguaciles, vecinos, vecinas y chicos, que vienen detras de la ronda ó van saliendo de los diferentes cuartos del patio; coro general; por último, el ALCALDE.

ROSA. (Precipitadamente.)
Azoguillo, huye!
(Viendo á Don Diego.) Ah!

DIEGO. Hija mia,
ya estoy aquí, nada temas.

ROSA. Qué es esto?

ALB. A prenderte vienen!
Don Diego! (Empieza á oirse tumulto.)

TREM. Que ya se acercan!

MARG. Vírgen santa!

TREM. (Viendo á Don Diego.) Estoy perdido.

AZOG. Ya veréis cómo lo arregla
todo mi amigo Don Diego.

ROSA. Eh?

ALB. Cómo?

AZOG. Silencio, que entran!

MÚSICA.

GARC. y CORO DE ALGS.
Ya el delincuente
cayó en el lazo
y otro bromazo
no nos dará.
CORO DE HOMBS. y MUJS.
Por fin la ronda,
cual nunca lista,
cogió la pista
del sacristan.
GARC. y CORO. Alto allá!
CORO GRAL. Ahí está.
ROSA y MARG. Perdido es.
TREM. y ALB. Qué va á pasar?
AZOG. Aquí teneis
al reo ya.
CORO GRAL. Con qué descaro
tan inaudito
afronta el peso
de su delito!
No le amedrenta
la autoridad,
ni tiene en cuenta
la vecindad.
ROSA. Azoguillo, qué es esto?
ALB. Qué pretendes hacer?
AZOG. Escapar de la horca
y ser hombre de bien;
don Diego, aquí presente,
dirá que yo inocente
no soy del hecho autor.
CORO. Si es cierto lo que dice,
que aquí lo patentice,
y aclárese el error.
AZOG. Hable usted, señor.
CORO. Hable usted, señor.
DIEGO. Por mi fe de creyente,
aquí jura mi voz
que es este hombre inocente

de crímen tan atroz.
Conmigo estuvo anoche,
y debo declarar
que al *Peine* no ha podido
su brazo asesinar.

TODOS. Cuando usted lo afirma,
sí será verdad;
pero quién entonces
es el criminal?

AZOG. *Lagarto* y *La Pelusa*,
segun dice don Diego,
citáronle á mi casa
para inculparme luégo,
y allí, mientras yo estuve
con este buen señor,
la vida le quitaron
con bárbaro furor.

HOMBS. y MUJS.
Mire usted lo que es el mundo;
ya la gente, sin pensar,
le queria echar el muerto
á este pobre sacristan.

AZOG. Me parece que la cosa
arreglada quedará,
y los pardos nubarrones
pronto el sol disipará.

DIEGO. Este cambio repentino
no me acabo de explicar,
y es preciso andar con tiento,
que es ladino el sacristan.

ROSA y MARG. Su conducta no comprendo;
que es confusa por demas,
y el temor del pecho mio
se comienza á apoderar.

EL TREM. y ALB.
Si nos vende fementido,
mi venganza sentirá,
que traidor fingióse amigo
y hoy se muestra desleal.

GARC. y CORO DE ALGS.
Si se escapa nuevamente,
como voy temiendo ya,

de seguro tiene pacto
con el mismo Satanas.

HABLADO.

GARC. Paso al Alcalde!
TODOS. (Apartándose con respeto.) El Alcalde!!
ALC. Penoso deber me ordena
mi cargo.
DIEGO. Bien haya el hombre
de Dios reflejo en la tierra.
ALC. Don Diego!! (Saludándole.)
GARC. Aquí está el culpable,
señor.
AZOG. Ataja la lengua,
que de mi supuesta culpa
ya resaltó la inocencia.
ALC. Cómo?
AZOG. Don Diego lo afirma.
DIEGO. Díctamelo la conciencia.
Un documento importante
que tócame muy de cerca
buscar encargué á este mozo,
que me citó en la taberna
de enfrente para entregármele,
y desde las ocho y media
hablando conmigo estuvo
de la mision que le diera.
AZOG. En esto, escúchanse gritos,
y ayes de muerte, y carreras;
salgo azorado á la calle,
que de curiosos se llena:
Qué ocurre? «Han matado á un hombre!»
cien voces al par contestan.
Me informo; sé que en mi cuarto
tuvo lugar la ocurrencia;
oigo que todos me culpan,
y afirman que existen pruebas
en contra mia: me aturdo;
pierdo, señor, la cabeza,
y en tan apurado trance,
los amigos me aconsejan

que me oculte: yo soy hombre
que con poco se amedrenta,
y en esta casa me escondo;
cierro ventanas y puertas,
alentando la calumnia
con mi repentina ausencia,
y dando lugar, sin duda,
á cosas que no debiera.
Esta es la verdad del hecho,
sin añadir ni una letra.

ALC. Es verdad cuanto asegura?

DIEGO. Tanta verdad, que en su priesa
por huir, ni el documento
pudo darme. (Mucha intencion.)

AZOG. Bueno fuera:
ni dárselo puedo ahora.

ROSA. (Ah!)

DIEGO. Cómo?

AZOG. Está claro; miéntras
usted da cuenta al alcalde
de sus vehementes sospechas,
yo lo busco... El señor dice
que al venir á la taberna
vió al *Lagarto* y la *Pelusa*
abrir con tiento la puerta
de mi casa, eh?... Dónde he puesto
yo el papel?... (Registrándose.)

DIEGO. Creí que eran
al ménos...

AZOG. Usted me ha dicho
que tenía la certeza
de que ellos son los culpables.

DIEGO. Bien, pero...

ALC. Don Diego, es fuerza
hablar claro.

AZOG. El oyó frases...
A que lo he perdido?... Ea!
(Buscando en todos los bolsillos.)

GARC. (Al oido de dòn Diego.)
De parte de *La Pelusa*,
que tiene el papel!

DIEGO. (Sorprendido.) Eh?

GARC. Ahí fuera
por entrar está pugnando.
DIEGO. Me cumplió fiel su promesa.
Ya puedo hablar libremente.
ALC. Don Diego, de usted se espera...
DIEGO. Pues bien; ya que al testimonio
de mi lealtad se apela,
declaro solemnemente,
fija en el pecho la diestra,
que quien dió muerte alevosa
al *Peine*, tengo evidencia,
fué *Lagarto*.
AZOG. Habeis oido?
Fué *Lagarto!*... Al fin te encuentran
mis manos; estaba en este
bolsillo. (Sacando un papel.)
ROSA. Qué es lo que intenta?
DIEGO. Ya triunfé.
AZOG. Señor alcalde,
tambien á mí la conciencia
cumplir un deber me manda.
ALC. Y qué es ello?
AZOG. Hacer entrega
del documento.
ALC. A don Diego?
AZOG. No; deseo que se lea
en voz alta.
ALB. (El Tremendo le contiene.) Miserable!
ALC. Si él permite...
DIEGO. Me interesa.

(El Alcalde desdobla el documento, y desde las primeras palabras que lee, se pinta el espanto en Don Diego, así como la satisfaccion en Rosa, Margarita, Alberto y el «Tremendo:» Azoguillo hace grandes esfuerzos por contener la risa, que al fin estalla en una ruidosa carcajada á la última palabra leida por el Alcalde.)

ALC. (Leyendo.) «Yo, Don Diego de Villasante, declaro que, estando á mi servicio los conocidos por los apodos el *Peine* y *Lagarto*, soy responsable de cuanto hicieren esta noche.»
La fecha de ayer!

DIEGO. (Confuso.) Entónces...
ALC. Y la firma es de su letra.
AZOG. Ja! ja! ja! ja! ja!
DIEGO. Villano!
ROSA. Azoguillo! (Abrazándole.)
AZOG. Esa es la prueba
de una trama vil é infame;
yo la encontré en la chaqueta
del difunto, entre otros varios...
testimonios de nobleza;
vino á matarme á mi casa
por órden del que ahora tiembla,
no *de miedo*, de coraje. (Con sorna.)
DIEGO. Falso!
AZOG. Alce usted la cabeza
ante la humana justicia
como la mia se muestra.
TREM. Es cierto, señor Alcalde
cuanto ha dicho.
DIEGO. Estrella adversa!
ALC. Don Diego, usté ha confesado...
DIEG, Oh!... Pues bien, sí.
ALC. Hay Providencia!

ESCENA XII.

DICHOS y LA PELUSA, que entra precipitadamente llevando en la mano un papel.

PELUSA. Paso, paso!
TODOS. *La Pelusa.*
AZOG. Qué significa esto?
DIEGO. Ella!
PELUSA. Don Diego, aquí está! (Entregándole el papel.)
DIEGO. Qué?...
AZOG. (Con desesperacion.) Oh rabia!
PELUSA. Subí á la torre...
ALC. Prendedla!
PELUSA. Allí estaba oculto.
DIEGO. (Examinando el papel con alegria.) Trae!
Sí, la partida está en regla.
(Varios alguaciles se apoderan de La Pelusa.)

AZOG. Maldicion!

PELUSA. Ya estoy vengada!
(Saliendo de escena.)

ALB. Todo inútil!

DIEGO. Aún me resta
pedir á la ley amparo.
Difunta ó ausente Elena
de Monreal, y casado
su hermano, segun demuestra
este papel, soy el dueño
legítimo de la herencia
del Conde del Puerto!

TREM. (Adelantándose.) Mientes!

ALC. Cómo?

ROSA. Padre!

TREM. Aunque me prendan!
Este hombre ha sido mi cómplice,
(Por don Diego.)
y presentar puedo pruebas.

DIEGO. Tremendo! (Queriendo imponerle silencio.)

AZOG. Qué significa?...

TREM. Señor, por su órden expresa
yo robé á la pobre niña
hace quince años.

DIEGO. Intentan
perderme... Es un impostor!...

TREM. El castigo que me espera
no me asusta; yo debia
darla muerte.

DIEGO. El lo confiesa:
fué su asesino.

TREM. Te engañas.

ALB. Qué escucho?

TREM. (Echando á Rosa en brazos de Alberto.)
Abrace uste á Elena!

ALB. Mi hermana!
(Rosa, Alberto, Margarita y «El Tremendo», forman grupo á la derecha, dándose grandes muestras de cariño.)

AZOG. Nada de gritos,
ni lágrimas, ni pamemas:
dar gracias á Dios: bien hecho:

abrazarse, en hora buena;
más ved que nuestra alegría
produce angustias ajenas,
y de pechos generosos
es perdonar las ofensas. (Por don Diego.)

ROSA. Alberto!

ALB. Elena querida!

AZOG. Yo novio de una condesa!
Yo conde! (A Alberto.) Tú conde! Aquel
(Por don Diego.)
conde (si es que le condenan)!
Condes todos los del barrio!
Condes los de España entera,
porque quien dice español,
ya deja dicho nobleza.
(Los alguaciles se llevan á don Diego y vanse detras del Alcalde.)

TREM. Perdon espero!

ALB. A mis brazos!

AZOG. Hoy es dia de indulgencias,
y voy á tocar á Gloria
y á repicar voy á fiesta,
para que Madrid, absorto,
al són de mis bronces sepa
que un sacristan de San Justo,
como quien dice un cualquiera,
á un *peine* dejó sin púas,
á un mal alguacil por puertas,
á un viejo coscon en Babia,
y á la ronda patitiesa,
y dió á sus amigos dicha,
y á tres tunos una felpa,
y al barrio un dia de bulla,
y á su Rosa... el alma entera.

ROSA. Esta es mi mano.

AZOG. Y la mia,
para que no te arrepientas;
que si manola te quise
y tú me admites condesa,
flor de tan suave perfume
lo mismo me dá cogerla
del rico jarron de Sevres

que de la humilde maceta.

TREM. Viva la Condesa!

TODOS. Viva!

AZOG. Olé por mi tabernera!!

MUSICA.

ROSA. Tan, tan, tan!
Ya abandona el perillan
por su Rosa el solideo.

AZOG. Ya está aquí el eterno afan
que soñaba mi deseo.
Tan, tan, tan, tan!
Conseguido ya mi fin,
te regalo una sotana.

ROSA. Tin, tin, tin, tin!
Muchas gracias, galopin;
déjalo para mañana.

TODOS. Logróse mi afan!
De amor gozarán.

ROSA y AZOG. Dulce afan,
perillan;
querubin.
Tan tan!
Tin tin!

TELON.

NOTA. El papel de don Diego, por repentina indisposicion del Sr. Banquells, lo estrenó el señor D. José Moreno, volviendo á encargarse de él el Sr. Banquells á la 12.ª representacion.

ADVERTENCIAS

A LOS SEÑORES DIRECTORES DE ESCENA.

1.ª Don Diego y Alberto únicamente vestirán sombrero de alas anchas y copa baja, colán, cañas de charol y levita con esclavina (el primero con capa), todos los demás, pueblo, más ó ménos lujosos.

2.ª Téngase en cuenta al hacer el reparto que haya alguna analogía de figura entre los dos actores encargados de los papeles de Azoguillo y *El Peine*.

3.ª *El Peine* deberá llevar gorra de pelo, y sombrero de medio queso, *Lagarto*.

4.ª Si la decoracion del segundo acto ofreciese alguna dificultad por la division completa, hágase sólo practicable una parte del piso superior, figurando con lienzo el resto del piso y techo de la taberna, reduciendo la accion al trozo entarimado, en cuyo caso, en el centro de este, se deja la puerta del foro; en primer término derecha la otra indicada y en segundo del mismo lado la ventana.

5.ª Si para el final del primer acto, se pudiera formar un callejon al foro, resultando la iglesia una de las esquinas, al aparecer las luces en las fachadas de ambos lados, el efecto seria mayor: en Madrid así se ha hecho.

6.ª Allí donde fuere un inconveniente el coro de niños del tercer acto, procure sacarse unos cuantos de estos, aunque sean comparsas, reforzándole con aquellas tiples de coro que por su figura se adapten más á mezclarse entre ellos, en razon á ser esta una de las piezas de más efecto de la obra.

OBRAS DE D. CALISTO NAVARRO

Y EN COLABORACION CON OTROS AUTORES.

Comedias en un acto.

A gusto de todos, verso.
A lo tonto .. á lo tonto! idem.
Antojos, prosa.
A Segura llevan preso, idem.
Bilbao es nuestro! verso.
Chindasvinto, idem.
Como perros y gatos, idem.
Contaduría, prosa.
Curro-Cúchares, verso.
Dos reales de judías, idem.
Distracciones, idem.
El pueblo rey, idem.
El héroe de Alcabon, idem.
El dia del santo, idem.
El café Imperial, idem.
El nuevo impuesto, idem.
El 22 de Junio, idem.
El ángel vengador, prosa.
El domingo, verso.
El cementerio del año, idem.
El monarca y el abad, idem.
El ramo de la africana, prosa.
El pintor José Rivera, verso.
Electromanía, prosa.
Enciclopedia, idem.
España y sus hijos, verso.
Entre hombres..., idem.
En los pasillos, idem.
Efecto contrario, prosa.
Firmar la paz, verso.
Gundemaro, prosa.
Hija única, idem.
Jugar con el fuego, verso.
La Internacional, idem.
La homeopatía, prosa.
La calle del Arenal, idem.
La venida del planeta, verso.
Lazo de amor, idem.
¡La vida! idem.
La mano de Dios, idem.
Lo que no puede leerse, idem.
Los obstáculos, prosa.
Las Américas, verso.
Los dos polos, idem.
Las perdices, prosa.
Mala sombra, idem.
Miss Leona, idem.
Medias suelas y tacones, idem.
Mi tia, verso.
Mi tocayo, idem.
Muy corto, idem.
Noche buena y noche mala, id.
¡¡No llora!! prosa.
Pasteles y vino, verso.
Principio y fin de un actor, id.
Quien bien ama..., idem.
Rarezas, prosa.
Sablazos á domicilio, verso.
Salon-Eslava, idem.
¡Se da dinero! idem.
Soy un caníbal, prosa.
T. B. O. idem.
Un consejo á los maridos, verso.
Un valiente!, prosa.
Un marido infeliz, verso.
Un conspirador! prosa.
Zarandaja, idem.

En dos actos.

Antes y despues, verso.
Bueno como el pan, prosa.
Con buen fin, verso.
Cosas de Pepe, prosa.
Dos Germanes, idem.
En Babia, idem.
El barrio de Maravillas verso
Escupir al cielo, prosa.
Las de Villadiego, verso.
Sin padre ni madre, prosa.
Tres yernos, idem.
Un padre, idem.

En tres actos.

Las dos sortijas, verso.
Ley de amor, prosa.
Mendoza y Compañía, idem.
Un capricho, verso.
Orgullo, amor y deber, prosa.

Zarzuelas en un acto.

A la puerta del Suizo, verso.
A real por duro, idem.
¡*Al Polo*! idem.
¡*A España*! idem.
Arriba y abajo, idem.
Amor obliga, idem.
A terno seco, idem.
Bromas pesadas, idem.
Boda ó muerte, idem.
Congreso doméstico, idem.
Con paz y ventura, prosa.
Corina, verso.
Dar la castaña, idem.
Dos entre dos..., idem.
Dudas y celos, idem.
El 93, idem.
El Inválido, idem.
El estudiante, idem.
El estudiantillo, idem.
El baile del porvenir, idem.
El monaguillo de las Salesas, idem.
El salto del gallego, idem.
El dinero y la fortuna, idem.
El Bazar, idem.
En la venta, idem.
En el cuartel, idem.
En Leganés, idem.
Fábula de Samaniego, idem.
Fiestas de antaño, idem.
Firmar las paces, idem.
Fortuna te dé Dios, hijo..., id.
Frasquito Barbales, idem.
Fuego en guerrillas, verso.
Hipócrates y Galeno, prosa.
Lorito real! verso.
Los aparecidos, idem.
La cita, prosa.
La forastera (monól.º), verso.
Los dos caminos, verso.
Los pájaros del amor, idem.
La jota aragonesa, idem.
Los náufragos, idem.
Madrid por dentro, idem.
Matamoros, prosa.
Maestro de amor, verso.
Mentiras de un curial, idem.
Nos matamos! idem.
Otelo y Desdémona, idem.
Oros son triunfos, idem.
Paz conyugal, idem.
Periquito entre ellas, idem.
Percances domésticos, idem.
Primo... de un primo, idem.
Q. Q., prosa.
República femenina, verso.
Sin conocerse, idem.
Ternera 7, 3.º, idem.
Tipos y topos, idem.
Toreros de invierno, idem.
Tres piés para un banco, id.
Un fenómeno, prosa.
Una fiera, verso.
Un perro grande, prosa.
Variedades, verso.
Viva tu madre! idem.

En dos actos.

Abril y Mayo, verso.
Cosas de pueblo, idem.
Dos leones, prosa.
El laurel de oro, verso.
Huyendo de ellas, idem.
La tela de araña, idem.
Mártes trece, prosa.
María, verso.
Novio y marido, idem.
Pobres madres! idem.
Quién es el loco? idem.
Un viaje á la luna, idem.
Una aventura en Siam, idem.

En tres actos.

Corona contra corona, verso.
El bergantin Adelante, prosa y verso.
El sacristan de San Justo, verso.
El grito de guerra, idem.
Héroes y verdugos, idem.
Jorge el guerrillero, idem.
La condesita, prosa.
Los maitines, verso.
Los saltimbanquis, verso.
Miguel Strogoff, idem.

PUNTOS DE VENTA

MADRID

Librerías de los *Sres. Viuda é Hijos de Cuesta*, calle de Carretas; de *D. Fernando Fé*, Carrera de San Jerónimo; de *D. M. Murillo*, calle de Alcalá; de *D. Manuel Rosado*, y de los *Sres. Córdoba y C.ª*, Puerta del Sol; de *D. Saturnino Calleja*, calle de la Paz, y de los *señores Simon y Osler*, calle de las Infantas.

PROVINCIAS

En casa de los corresponsales de ambas Galerías

Pueden tambien hacerse los pedidos de ejemplares directamente á los Editores, acompañando su importe en sellos de franqueo ó letras de fácil cobro, sin cuyo requisito no serán servidos.